

# CRISTIANISMOS Y DEMOCRACIA

## Un debate teológico-político a mediados del siglo XIX

### I PARTE

#### *Francisco Bilbao en Buenos Aires*

En el escenario agitado, política e intelectualmente, que caracterizó a la ciudad de Buenos Aires en los años subsiguientes a la caída de Rosas, la llegada de Francisco Bilbao importa un hecho que no ha de pasar inadvertido y, por el contrario, ha de producir una indudable repercusión. El que será llamado el apóstol del racionalismo, por las ideas que sostiene, por el viril temperamento que lo acompaña, por el fervor que lo anima, está llamado a desempeñar un papel protagónico entre las jóvenes inteligencias, sin que en la ciudad que lo cobija se le aplique, por las ideas religiosas que propaga, la extrema sanción de expulsarlo como le ocurre en su tierra, Chile, y como le sucede después en Lima, donde se refugia ocasionalmente<sup>1</sup>. Su itinerario inevitable después de huir de su propia patria ha de ser ese centro de ebullición del pensamiento que tanta atracción ejerce en los jóvenes americanos, París, a donde orienta sus pasos el idealista deseoso de encontrarse con sus maestros y guías espirituales.

Arriba a Francia en febrero de 1845 y de inmediato se pone en contacto con su Universidad y con el no menos célebre Colegio de Francia, en donde enseñan Edgard Quinet y Julio Michelet escuchados por miles de jóvenes atraídos por el conjunto de ideas renovadoras que enseñan. Se siente americano y proscrito y ello le impide participar de las luchas entre los partidarios de la monarquía y quienes, entusiasmados por el credo de una generación que dice sentirse republicana y democrática, los enfrenta con el calor de quienes se sienten anunciadores de una nueva época. Ello no impide dejar de tomar contacto con quien es uno de los directores de esa nueva corriente, Hugo F.R. Lammenais, cuyo pensamiento ya conocía por haber traducido, cuando apenas había pasado el umbral de los veinte

1. Véase Manuel Bilbao. Su hermano, en la biografía que encabeza las *Obras Completas* (Imprenta de Buenos Aires, 1865). También DONOSO, Armando, *Bilbao su tiempo* (Talleres Zig-Zag. Santiago, 1913).

años, *De la esclavitud moderna*, precedido de un prólogo de su autoría<sup>2</sup>.

La permanencia en Francia durante cinco años consecutivos le permite a Bilbao conocer de cerca el proceso político que precede a la Revolución de febrero en París (1848) entre quienes resisten y quienes cuestionan el gobierno de Luis Napoleón y proponen la vigencia de un régimen de libertad y democracia a partir de las nuevas corrientes doctrinarias que alimentan a la generación joven y los sectores populares, así como, asistir a la Revolución, la abdicación del monarca y la expansión de la misma por los diversos estados europeos. Bilbao, alma generosa y corazón ardiente, inteligencia despierta y a la vez sedienta de saber, se siente parte de las corrientes que conducen aquellos aires renovadores, entre los cuales, en el campo de la inteligencia, se encuentran Edgard Quinet y Julio Michelet. No tarda en convertirse en un fiel seguidor de las ideas de ambos profesores que inflaman la mente de las huestes estudiantiles, convirtiéndose en un discípulo de ambos hasta su muerte, producida en Buenos Aires en febrero de 1866. Seguidor, discípulo y amigo de aquellos escritores que animan las generaciones juveniles de París, siente necesidad de volver a su tierra para divulgarlas. En Chile, apenas asume los primeros pasos en favor de sus ideas encuentra obstáculos insalvables por la reacción que produce y el temor que despierta en los sectores conservadores, debiendo exiliarse en Lima, no sin que antes se lo sentencie. En aquel país Bilbao permanece unos años, pero nuevamente sus ideas desafían tanto a los detentadores del poder político como de la Iglesia, debiendo huir apresuradamente luego de complicarse en una revolución. Nuevamente París lo acoge por dos años (1855-1857), tiempo suficiente para consolidar su ideario. Pero la tierra americana lo atrae a pesar de que el clima intelectual de aquel país lo favorece de modo que emprende el viaje al Río de la Plata instalándose en Buenos Aires en abril de 1857.

Joven, ardoroso, lleno de ideas, Bilbao no puede considerarse un filósofo, sino más bien un brillante expositor y divulgador del racionalismo, dotado de una poca frecuente facilidad para escribir y de comunicación con sus lectores. La América, objeto predominante de su pensamiento, se concretará en Buenos Aires, la pequeña Atenas del Plata que ostenta la virtud de acoger sin limitaciones todo

2. La influencia de Lamennais no es sólo en el estilo literario, sino fundamentalmente en las ideas, a las cuales adhiere con admiración. En sus *Obras Completas*, t. I, hay dos trabajos referidos a este autor.

pensamiento amplio, abierto a las más diversas corrientes y que, al momento de su llegada, hierve como un caldero en una lucha que enfrenta a porteños y provincianos, nada menos que por el modo de realizar la unión nacional y asentar las bases del orden constitucional.

Bilbao, por temperamento, es un apasionado a la vez que un idealista que se consume, literalmente, en su propio fuego. Dos grandes ideales lo animan, siendo el primero el conjunto de ideas que se articulan en el credo racionalista que le transmitieran sus maestros Lamennais, Quinet y Michelet y que constituyen para él, como lo dirá, la religión última de la humanidad. Pero ese fervor que lo ilusiona y alimenta se conjuga con una realidad que comienza a emerger en algunos países de América casi como un signo de algo posible, no realizado todavía y potencialmente latente, que es la Unión Americana. No se trata de una Patria Grande única, sino más bien de la conformación de una estrecha y armoniosa articulación de los países del continente, visto como el paso decisivo luego de consolidar los estados nacionales. La Unión Americana se convierte en un ideal que moviliza a muchas inteligencias del continente, entre ellas la de Bilbao y alcanza su formulación a lo largo de la década de mil ochocientos sesenta. El Racionalismo y la Unión Americana son dos ideas fuerzas suficientemente grandes como para enamorar a quien, más allá de chileno, se siente americano y por lo mismo, capaz de servirlos a través del pensamiento anunciador de un continente nuevo, reserva y garantía, según él, de la libertad y la democracia.

El oficio de Bilbao ha sido y lo será en Buenos Aires, el periodismo, labor a la que se lanza apenas pisa esta tierra. Lo favorece, sin duda, su nombre que es conocido de varios de los hombres públicos porteños que lo trataron en Chile, en su época de expatriación, entre ellos hombres de todas las corrientes, como Bartolomé Mitre y Félix Frías, para citar sólo dos. Tiene, sin embargo, un apoyo indudable en su hermano Manuel Bilbao, por entonces residente en la ciudad y que será su primer biógrafo<sup>3</sup>. Los que no lo conocen pronto advierten su presencia ya que su actividad en la prensa pronto adquiere cierta resonancia siendo, al mismo tiempo sus ideas expuestas en cenáculos o en columnas impresas causa de desconcierto, de disidencia y conflictos o de admiración. Sin embargo, el periodista se siente responsable de difundir y propugnar el credo racionalista, desde el

3. BILBAO, Francisco. *Obras Completas*. Imprenta de Buenos Aires, 1966, dos volúmenes. Prólogo de Manuel Bilbao.

cual juzga y sirve de guía a su pensamiento y ello lo conduce a escribir y traducir a los autores que estima en la línea de su propio ideario.

Es precisamente al servicio de ese ideario que funda *La Revista del Nuevo Mundo*, en abril de 1857, la que prolonga su vida hasta diciembre de ese año. Como su nombre lo indica esta publicación tiene el mérito de ser la mejor síntesis del pensamiento racionalista aplicado a ciertas cuestiones americanas, a la vez que la mejor muestra de fidelidad a sus maestros. El escritor no exhibe en esas páginas la agresividad que manifiesta en años posteriores, advirtiéndose en cambio, si bien en forma moderada, el adelanto de sus principales motivaciones: la incompatibilidad entre catolicismo y libertad, entre Iglesia y República, entre religión y libertad, a la vez que la atribución de única fuerza creadora de libertad a la "religión del racionalismo". No se detiene mucho en tales cuestiones, pero preanuncian los escritos que con posterioridad consagra a tales posiciones.

En los grupos católicos la presencia de Bilbao no produce ningún malestar y antes bien, algunos de los laicos más destacados le prestan ayuda y son sus amigos personales. Ello no impide que desde las columnas de *La Religión*, en las cuales aquellos hacen su contribución periodística, le dirijan en tono respetuoso ciertos dardos criticando sus ideas, sin que aquel salga en su defensa ocasionando polémicas.

Al cerrar *La Revista del Nuevo Mundo* Francisco Bilbao queda libre de compromisos, circunstancia que coincide con el movimiento que se produce en el diario católico *El Orden*, de propiedad de Luis L. Domínguez, siéndole ofrecido el cargo de Redactor, cuando aquel decide cerrar su propia publicación. Ello sucede en razón de mostrarse Bilbao partidario de la integridad nacional, idea que sostiene el periódico, sin estar embanderado ni con provincianos ni con porteños, pero sí comprometido en trabajar por la unión y fraternidad de los argentinos. La oferta a Bilbao se hace con la sola condición de no entrar a discutir ni rebatir las ideas católicas ya que el diario se declara un defensor de las mismas, siendo su labor como redactor prestar atención sólo al análisis de la cuestión política. No encuentra Bilbao, al parecer, conflicto alguno en este acuerdo, de modo que acepta la responsabilidad de redactor de *El Orden*, tarea que asume en marzo de 1858 y se prolonga hasta noviembre de ese año, en razón de haber quebrantado ese compromiso.

En el breve tiempo en que escribe en las columnas de ese diario se destaca por el desinterés, la inteligencia a la vez la fuerza con que sostiene el programa de la Unión Nacional, que es coincidente por otra parte, con el credo de fraternidad que propicia, lo que hace que Bilbao

pronto sea considerado el más destacado periodista expositor de ese programa, rechazando las propuestas separatistas que alientan unos pocos porteños. Ello le granjea las simpatías de los hombres de la Confederación que, desde Paraná, trabajan para lograrla. Pronto entabla cordiales relaciones con los hombres públicos de la Confederación, quienes ven en él a un autorizado sostenedor de la unión y la fraternidad de los argentinos, circunstancia que da ocasión a recibir una invitación a dirigir el diario *El Nacional Argentino* que ha dejado vacante Lucio V. Mansilla<sup>4</sup>. Tiene allí amplia libertad y en las ediciones diarias Bilbao encuentra espacio para servir a ese propósito, adquiriendo así su nombre, cierta dimensión nacional. El Pacto de San José de Flores firmado entre la Confederación y Buenos Aires el 11 de setiembre de 1859, que pone punto de partida para un entendimiento, es el momento que considera adecuado para retirarse de ese diario, en razón de haberse cumplido el objetivo que lo llevara a asumir la dirección del mismo. Su labor en esas páginas se extiende desde abril a diciembre de 1859.

Este será el último periódico que Bilbao redacte y ejerza la dirección. Al retirarse de *El Nacional Argentino* sabe que lo agobia una grave enfermedad y tiene conciencia de que sus años son contados, sin que ello lo detenga en su vasto programa. Aún le quedarán cinco años de vida, que utilizará escribiendo y traduciendo con la energía de un hombre sano. En ese período produce las dos obras que mantendrán vivo su nombre y son *La América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864) además de otros escritos siempre polémicos.

### ***El credo racionalista de Francisco Bilbao***

La persona y las ideas de Francisco Bilbao, así como el rastreo de su influencia en la generación de coetáneos y contemporáneos a su vida en Buenos Aires no ha merecido mucha atención en el país, siendo su nombre citado, muchas veces repetido, pero su obra no ha sido estudiada en profundidad<sup>5</sup>. Por nuestra parte nos hemos dedicado a su labor periodística en favor de la unidad nacional, contribución

4. AUZA, Néstor Tomás. *Lucio V. Mansilla*, Edit. Plus Ultra. Buenos Aires, 1978.

5. Su vida y su obra la estudia su hermano Manuel Bilbao en la biografía citada. Una visión general de sus ideas se encuentra fuera de ella, en el libro de Pablo Figueroa *Historia de Francisco Bilbao*. Santiago de Chile, 1894. También con provecho puede consultarse la obra escrita con posterioridad por Armando Donoso titulada *Bilbao y su*

que es imposible no recordar, pero su pensamiento americanista y su credo racionalista, así como sus ideas religiosas no constituyen el objeto de ese análisis<sup>6</sup>. El autor que quizás mejor ha captado la personalidad y las ideas de Bilbao es Alejandro Korn, al referirse a la polémica Bilbao-Estrada y trazar el perfil de ambos contrincantes. De él dice que está “animado por una vocación apostólica, propagó el evangelio de la renovación religiosa y de la democracia y consagró el mismo odio a la tiranía y al catolicismo”; “sabía enardecer y levantar a las masas, no sabía guiarlas”; “no fue un hombre de pensamiento metódico y claro o por lo menos no supo expresar”; “ampuloso, incoherente, divagador, sus obras dejan la impresión de un gran esfuerzo malogrado”. Pero donde Korn quizás más acierta es cuando juzga que para “Bilbao el problema religioso es el centro en torno del cual giran todos los otros”<sup>7</sup>.

Por su parte José Ingenieros, cuando en 1914 publica *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina* no olvida a Francisco Bilbao, a quien recuerda polemizando con Estrada y representando ambos dos corrientes opuestas, que son, según su interpretación, el porvenir el primero y el pasado el segundo, el progresismo y el conservadorismo. Sin embargo no se detiene en fundar seria y razonablemente esas categorías ni identificar de un modo sistemático el pensamiento de Bilbao<sup>8</sup>. Lo mismo ocurre con la obra de Alberto Caturelli, quien en *La filosofía en la Argentina actual* ubica a Bilbao en la corriente del “racionalismo laicista”, pero sólo le dedica unos pocos renglones que, por lo demás, no guardan el rigor que merecen al sintetizar su pensamiento<sup>9</sup>. Con acierto, en cambio, menciona Caturelli a Alejo Peyret, otro emigrado francés, también ubicado en la línea de ideas de Quinet y Michelet que, con posterioridad y durante largos años, mantuvo una activa y agresiva labor de difusión del racionalismo, posición desde la cual escribe obras sobre cuestiones religiosas y

*tiempo* Editorial Zig-Zag. Santiago, 1913. Entre nosotros se ha ocupado en reeditar algunos escritos de Bilbao, Dardo Cúneo, a quien pertenece el libro *Francisco Bilbao en Argentina* (Ver nota 13) que más bien es descriptivo de su actuación.

6. AUZA, Néstor Tomás. *El periodismo de la Confederación*. Editorial Eudeba. Buenos Aires, 1978, capítulos XI y XVII.

7. KORN, Alejandro. Francisco Bilbao y José Manuel Estrada en *Obras Completas*. Edit. Claridad. Buenos Aires, 1949, pág. 190/96.

8. INGENIEROS, José. *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*. Eudeba. Buenos Aires, 1963, pág. 80.

9. CATURELLI, Alberto. *La filosofía en la Argentina actual*, Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1971, pág. 39.

divulga su pensamiento en innumerables artículos. Este, mucho más virulento en su posición anticristiana con respecto al mensaje bíblico y la Iglesia<sup>10</sup>.

No presta atención a la corriente racionalista en la Argentina el estudio que Luis Farré dedica en *Cincuenta años de filosofía en la Argentina*<sup>11</sup>. En la obra que este autor firma con Celina Lértora Mendoza, *La filosofía en la Argentina* se menciona al pasar a Bilbao, pero discutiblemente se lo incluye como "simpatizante" de la corriente del "espiritualismo ecléctico"<sup>12</sup>.

Cabe pues, señalar que el racionalismo en la Argentina y el aporte de Francisco Bilbao en su breve pero fecunda residencia en Buenos Aires (1857-1865) no ha ocupado la atención de los estudiosos del pensamiento filosófico, como tampoco, lo señalamos, de quienes se ocupan de la historia y las cuestiones americanistas. Nosotros pretendemos detenernos en el análisis de uno de sus libros, *La América en peligro* (1862), a la vez que las reacciones que ocasiona, en especial, en el campo espiritualista, que da lugar a la que consideramos la primera obra de teología política escrita en Buenos Aires en el siglo pasado. Por separado nos ocupamos de *El evangelio americano* obra en la que Bilbao modera su posición con respecto a la Iglesia, aunque sin abjurar de su credo, asumiendo una posición americanista, en momentos en que esta cuestión se debate en el continente, así como de sus polémicos prólogos a las traducciones de las obras de Ernesto Renan<sup>13</sup>.

10. A lo largo de su labor periodística Alejo Peyret tenía presente el aporte de Francisco Bilbao. En 1883 escribirá un artículo recordativo de éste y lo llamará "...el iniciador del Racionalismo en Sud América" (*El Nacional*. Buenos Aires. 17 de febrero de 1883).

11. FARRE, LUIS. *Cincuenta años de filosofía en la Argentina*. Ediciones Peuser. Buenos Aires, 1958.

12. FARRE, Luis; LERTORA MENDOZA, Celina A. *La filosofía en la Argentina* (Editorial Docencia, Buenos Aires, 1981, pág. 55).

13. En 1943. Dardo Cúneo, al reeditar *El evangelio americano* de Bilbao coloca un prólogo analizando la actuación de éste en Buenos Aires, pero sin detenerse en el análisis de sus ideas. Reproduce en 1947 ese prólogo en su obra *Exposición y crítica* (Editorial La Vanguardia) con el título *Francisco Bilbao en la Argentina* pág. 77/110.

## II PARTE

### *La América en peligro*

En los primeros meses de 1862 se produce un acontecimiento sorpresivo e inesperado que convulsiona a toda América, cuando las tropas de Napoleón III desembarcan en México e inician la ocupación de ese territorio con el propósito de establecer un Imperio encabezado por Maximiliano de Habsburgo. Aquel suceso que sorprende a todas las cancillerías de este continente, resucita en buena parte de ellas, la antigua animosidad hacia Europa y hace resurgir el temor que iguales actitudes asuman otras monarquías en relación con sus antiguos territorios, en esos momentos constituidos en repúblicas independientes. Los países que dan al Atlántico —Brasil, Paraguay y Argentina—, al menos en sus posiciones oficiales, no muestran un considerable temor ante aquella ocupación militar y confían en que Francia recapacitará de su actitud, en tanto en el área del Pacífico, algunos gobiernos pero sobre todo sus intelectuales más sobresalientes, hacen públicas denuncias de los temores que abrigan y del peligro inminente que se cierne sobre el continente.

Cuando ello sucede, en Buenos Aires la prensa le asigna una relevancia relativa, si bien ofrece información y manifiesta su disconformidad, aunque sin llegar a la exasperación. Bilbao un hombre de mentalidad americanista, que sueña con la formación de un Congreso Americano que acerque a los países del continente y los estreche a través de una asociación permanente es, al respecto, un hombre que pone en evidencia el espíritu que lo anima y no oculta su temor al peligro potencial que aquella invasión involucraba para los países que luchaban por consolidar sus instituciones republicanas y democráticas<sup>14</sup>. Su voz, sin ser solitaria, tampoco alcanza a ser representativa de una inmensa mayoría. Representa en cambio, la de un grupo reducido que, rompiendo con la antigua concepción rivadaviana, quiere abrirse a una idea americanista. Su percepción de una América independiente y democrática estimulada por aquellos sucesos, la apatía que observa en algunos sectores y el coro que desde los países del Pacífico denuncian los riesgos probables que amenazan al continente, es suficiente para que su alma, se inspire y no para aplaudir a

14. El ideal americanista de Bilbao se halla expuesto en su trabajo *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso General de las Repúblicas*. Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann. París, 1856. Se incluye también en sus *Obras Completas*. t. I. pág. 286-304.

las tropas de Francia que él ama, sino para condenar la ocupación y advertir, con voz alta y levantada, que en América la libertad peligraba.

Con cierta premura, como lo demuestra el espacio existente entre la fecha de la invasión y la data del libro, Bilbao se lanza a escribir llevado por su exaltada sensibilidad, pero también, guiado por la filosofía que inspira su pensamiento, el racionalismo. Ese libro, fechado en Buenos Aires el 4 de agosto de 1862 recoge en su título el temor que abrigan muchos intelectuales americanistas: *La América en peligro*<sup>15</sup>. Hay, por tanto, en la base del ensayo de Bilbao, como dos planos que se proyectan y se conjugan en forma simultánea, como lo son, por un lado la realidad misma de América en ese momento y, por otro, esa misma realidad juzgada a partir de la concepción racionalista de la cual el autor se considera y en verdad lo es, un cultivador y un divulgador. Precisamente la *Dedicatoria* del libro pone de manifiesto esa admiración por sus dos maestros. Dice allí: “A los señores Edgardo Quinet y Julio Michelet, ex profesores del Colegio de Francia”, y agrega “vuestro discípulo”<sup>16</sup>. Esa dedicatoria no impide que Bilbao reclame de sus maestros: “Y hoy que vuestra patria nos hiere, hoy que la tremenda espada de la Francia atraviesa el corazón de mis hermanos de México, hoy vengo a pedir a mis maestros, justicia contra la Francia”<sup>17</sup>.

### ***La realidad: la invasión a México***

El libro *La América en peligro* se divide en tres partes, dedicando la primera al análisis de la invasión al territorio mexicano por parte del ejército francés. Ello da origen a lo que Bilbao califica como el

15. BILBAO, Francisco. *La América en peligro*. Imprenta y Litografía de Berneheim y Boneo. Buenos Aires 1862, pág. IV. En adelante las citas corresponden a esta edición. Se incluye en sus *Obras Completas*. t. II. pág. 173 a 278. Ambas ediciones no fueron las únicas, ya que el libro en los cuarenta años siguientes alcanza a varias ediciones, algunas en España.

16. *Ibidem*, pág. IV.

17. Conforme a su actitud intelectual independiente y crítica. Edgard Quinet no aprueba con su silencio el apoyo francés a la invasión a México y correspondiendo a las esperanzas de Bilbao escribe un folleto para reprobarla. El trabajo le es remitido de inmediato a su discípulo en Buenos Aires y Bilbao lo traduce y publica por su cuenta con el título *La expedición a México*. Buenos Aires, 1862. las *Oeuvres Completes* de Quinet se editan en París (Pagnerre, libraire editeur) en 1858, razón por la cual *La expedición a México*, no se incluye en ninguno de los diez volúmenes de los que se compone la colección.

peligro para América. No es ese el único que percibe el autor, pues como veremos, hay otros peligros derivados de “causas físicas, intelectuales y morales que producen la debilidad de América y abren la puerta o facilitan la invasión”, sobre los cuales se explaya Bilbao, introduciéndose así en la problemática política y teológica, que es la que ocasiona la mayor controversia en su momento.

No es Bilbao un analista político ni posee el método de análisis riguroso de cada una de las premisas que constituyen el punto de partida de su crítica. El tema se presta para un análisis político e histórico, mas ninguno de esos caminos es el elegido por el autor, que apela a la denuncia o a las afirmaciones retóricas. “México situado entre los dos océanos, entre las Repúblicas del Sur o las del Norte, es el centro estratégico del comercio y de la política del nuevo continente; México monarquizado, amaga a los Estados Unidos y a las Repúblicas del Sur”. La imaginación del autor se enciende y concibe el peligro de la monarquización de las repúblicas y por lo mismo, la desaparición de la independencia conquistada y lo que es peor, “la exterminación de la república en el mundo”<sup>18</sup>. Es cierto que en Europa el planteo entre monarquistas y republicanos se halla inclinado en forma predominante en favor de los primeros. Lo peor, a juicio de Bilbao es que estas monarquías, por error, por instinto, por orgullo, se consideran escogidas para guiar los destinos de los restantes países y, muy probablemente, los de América.

Según Bilbao el prodigio histórico de América consiste en haber instaurado una forma de vida, además de gobiernos, de tipo republicano y se pregunta: “¿Hemos de perder esa herencia, hemos de faltar a ese deber, abdicaremos ese derecho, renunciaremos a ese destino?” Para Bilbao el peligro proviene de Europa ya que esos países no pueden aumentar sus fronteras en el viejo continente, por lo cual conciben la idea de “civilizar del otro lado del océano”. Pero Bilbao percibe, también, el peligro por parte de América, en donde, al menos históricamente, no han faltado hombres propensos a facilitar la instauración de la monarquía y el hecho, a su juicio, puede repetirse, como lo acaba de demostrar el caso de Santo Domingo: “Vemos a la España apoderarse de Santo Domingo, también encubierto el atentado, bajo pretexto de llamamiento y votación por la España”<sup>19</sup>. Su opinión es: “Todo se perderá, si no queremos despertar, si nos entre-

18. *Ibidem*, pág. 12.

19. *Ibidem*, pág. 24.

gamos a la fatalidad, si no hacemos de la causa mexicana, la causa americana”<sup>20</sup>.

Hasta este punto Bilbao se ha movido en el terreno de la interpretación política, deduciendo o conjeturando a partir de ciertos hechos reales, de situaciones históricas pasadas o recientes. Sin embargo el peligro para América no deriva de esos factores exclusivamente, existiendo otros de mayor y más profunda incidencia y que, como veremos, no provienen del campo político, ni siquiera del institucional. La preponderancia de factores de otra índole es tal, que ocupa en la estructura del libro, la mayor extensión. Es allí donde Bilbao, al abandonar el terreno político o histórico se ubica en el teológico. Indudablemente no es sólo un planteo teológico, pero sí predominante y tan esencial que, aun no existiendo el peligro derivado de las ambiciones monarquistas de Europa, bastaría para que la libertad y la república no se instauren o no se consoliden.

### ***El peligro por la debilidad***

El peligro de América radica en una debilidad ingénita que Bilbao denomina causa física. América, al igual que un organismo fisiológico, se halla debilitada por la constitución poblacional, que se manifiesta dispersa como “náufragos en el océano”. Bilbao calcula que con casi cuatro millones de kilómetros cuadrados se halla poblada por un número de habitantes muy semejante al que posee Francia que sólo dispone de 542.000 kilómetros cuadrados. Al hacer la estimación de población descubre que sólo hay unos 18.100.000, excluyendo a Paraguay y Brasil “porque no los creemos dignos de entrar en la línea de batalla”<sup>21</sup>. Esa cifra, a su juicio, evidencia la existencia de una población reducida y muy esparcida, “de modo que por grande que fuese el esfuerzo de una población tan esparcida, difícil es en un momento dado, presentar en el punto atacado, la aglomeración de fuerzas necesarias para hacer frente a un enemigo que tiene la facultad de escoger su hora, designar su punto de ataque y lo que es más, de concentrar sus fuerzas”.

Por otro lado, los centros de población y de poder, al situarse en “la cintura marítima de América”, se hallan a merced de un golpe de

20. *Ibidem*, pág. 10.

21. *Ibidem*, pág. 29.

mano. Esa debilidad de América radica “en la grandeza de espacio y lo diminuto de la población, sembrada, separada, aislada. El esparcimiento debilita, la separación aísla, el aislamiento empequeñece: Disminución de poder, de riqueza, de adelanto”<sup>22</sup>.

La debilidad física no es la única y a juicio del autor ella viene acompañada de otra, no menos relevante, cual es la causa intelectual. Según este punto de partida la causa intelectual es el error y el error es “la visión incompleta de la inteligencia”. Para Bilbao la inteligencia es la facultad de ver con conciencia los hechos, las leyes, la causa de los hechos y por lo mismo, “la razón es el tribunal supremo, inapelable” “es la facultad que ve, concibe, afirma lo necesario y lo absoluto”.

Desde esa perspectiva la visión de América padece de varios errores, los cuales pueden ser de orden “filosófico, religioso, político, moral, científico, económico y administrativo”. No se dedicará el autor al análisis de todos, eligiendo tan sólo uno que considera esencial y al cual presta la mayor extensión del libro, y se halla en el “error o contradicción” más fundamental que vive América.

### ***El catolicismo como el peligro mayor***

Francisco Bilbao ha llegado así, de un modo rápido, en menos de cuarenta páginas, al núcleo central del peligro que acecha a América según su interpretación. Su descubrimiento consiste en comprobar que la religión imperante en América es la Católica; en tanto que el principio político predominante es la República salvo en los dos países que excluye de su análisis, el Paraguay y el Brasil. Se pregunta Bilbao si existe armonía o conciliación entre el dogma y el principio político y su respuesta es categórica y partiendo de lo que considera un silogismo riguroso, concluye afirmando: “La lógica deducción política del catolicismo es la Teocracia: el Papado. La lógica inducción dogmática del principio Republicano es el racionalismo. Racionalismo y catolicismo se excluyen. El racionalismo anatematiza el racionalismo y éste aniquila al catolicismo”<sup>23</sup>.

Se presenta así, a juicio de Bilbao, la contradicción y la solución sólo se encuentra en la eliminación de uno de los contrarios. El razonamiento de Bilbao se orienta, a esta altura de su exposición, en mostrar

22. *Ibidem*, pág. 31.

23. *Ibidem*, pág. 36.

el error que importa lo que él llama el catolicismo, que incluye el papado, la Iglesia, el clero y los fieles que practican la religión católica. Entra así en el terreno teológico y en sus disquisiciones nada queda en pie.

Para Bilbao el catolicismo destruye la autoridad de la razón al someter la inteligencia a la aceptación del dogma y despoja al hombre de la soberanía de sí mismo. “Un católico sincero niega la autoridad y soberanía de la razón, que es el fundamento de la soberanía del pueblo” afirma, así como “un republicano sincero, no puede creer en la Iglesia que le ordena la obediencia ciega y le impone la fe como condición de salvación”. Bilbao no se muestra muy riguroso y exacto en la formulación de los principios cristianos, les otorga una interpretación que no es la de la Iglesia y luego los fuerza para mostrarlos como contradictorios con los principios del gobierno republicano.

El autor no comprende la distinción entre lo espiritual y lo temporal y por ello, a su juicio, existe contradicción entre sociedad religiosa o espiritual y la sociedad civil o política. “O la Iglesia o el Estado”, manifiesta, queriendo ver así un dualismo sin posibilidad de conciliación, una contradicción esencial. La conclusión a que arriba la manifiesta en estos términos: “Y el católico tiene que inclinarse en favor de la Iglesia, y ser mal republicano. Y el racionalista tiene que inclinarse a favor del Estado y no puede ser buen católico”<sup>24</sup>. Aquí radica, para Bilbao, la causa de las divisiones, la indiferencia, el cinismo, el servilismo, ante lo cual, el espíritu público sucumbe. “Tales son — dice — los efectos del error en que vive la América. ¿Qué mayor causa de debilidad?”<sup>25</sup>.

Con tales afirmaciones generales Bilbao considera que fortalece su argumentación si entra al análisis de diversos aspectos del dogma y, por supuesto, con la seguridad de poner al descubierto los errores que contiene. No es posible seguirlo por ese largo camino, ya que no se trata de razonamientos rigurosos sometidos al procedimiento de la argumentación bien fundada y pruebas, sino el sistema de afirmaciones rotundas bajo formas especiosas. Así tergiversa la historia para encontrar pruebas a su favor, sosteniendo que los católicos niegan la soberanía del pueblo, que la Iglesia aspira al poder temporal y civil, impone dogmas y se declara infalible en todas las cuestiones, niega la gracia y malinterpreta el tema de la salvación; que lo espiritual tiende a dominar lo material, que las verdades de la fe han sido creadas en

24. *Ibidem*, pág. 44.

25. *Ibidem*, pág. 45.

los concilios, que los fieles se hallan sometidos a cumplir una obediencia ciega, provocando fatalmente la muerte de la razón. Hay más cuestiones en Bilbao que no mencionamos, ya que basta lo enumerado para dejar sentado que se lanza sobre cuestiones teológicas sin profundizarlas, conformándose con respuestas carentes de doctrina y sin reflexión fundada, para deducir de todo ello la imposibilidad de los católicos para vivir y sostener un sistema republicano y democrático. Es esa situación la que produce que los cristianos hayan sido y sigan siendo estériles en América y sólo los protestantes, con el reconocimiento de la supremacía de la libre interpretación a través de la soberanía de la razón, son capaces de producir pueblos superiores. De ello deduce que la libertad deriva del libre examen, que hace a cada hombre un ser soberano.

El tratamiento de los problemas teológicos no posee en Bilbao rigor lógico, pues no se ocupa de analizar con método y reflexión cada cuestión, sino más bien de acumular lo que supone pruebas en favor de su actitud negadora de todo cuanto se refiere a la fe revelada y a la misión de la Iglesia. Sin embargo, lo significativo en su exposición es que, mientras reconoce ciertos enunciados evangélicos niega y aún más combate las verdades de la fe y el mensaje de salvación y de esa negación, de ese rechazo absoluto, deriva consecuencias beneficiosas para el orden político. Si Bilbao ataca a lo que engloba bajo la denominación, sin mucho análisis, de catolicismo, no es tanto por considerarse un agnóstico total en religión sino por ser un racionalista en filosofía, y deducir que la persistencia de la fe religiosa según la Iglesia Católica es el más grave de los males para la democracia en América. Su interés primordial y dominante, no obstante la extensión otorgada al cuestionamiento teológico, radica en combatir el catolicismo por su repercusión política, por su dimensión social.

Bilbao intenta demostrar que “La América vive en el dualismo. Ese dualismo es entre el dogma religioso y el principio político: El catolicismo y la República. Para resolver esta cuestión en América sería necesario o el predominio absoluto del catolicismo con todas sus consecuencias como en Roma o el predominio de la libertad como en Estados Unidos. No hay otro medio. (...) Negación del catolicismo y afirmación de la república o negación de la república y afirmación del catolicismo”<sup>26</sup>. La Iglesia Católica produce al cristiano, y éste para Bilbao, no es un ser libre, ya que ha abdicado de su razón y por lo

26. *ibidem*, pág. 84.

mismo, carece del libre razonamiento de las cuestiones temporales. Tampoco por ser cristiano es un dechado de virtud, pues el catolicismo, según afirma, “es la abolición de la virtud, luego no puede fundar Repúblicas”, que requiere de ciudadanos virtuosos. Pero aun suponiendo el predominio del catolicismo lo que se fundaría sería una república católica, que a juicio de Bilbao no sería tal, pues deriva automáticamente en dictadura o despotismo, que ejerce por igual un dominio del cuerpo y del espíritu.

Bilbao no es un creyente y más aún, es un no creyente militante, un anticlerical que posee un sentido naturalista del cristianismo, e indudablemente, es un hombre que admira y trabaja por fortificar el sistema republicano de gobierno. No creyendo que sea conciliable la fe religiosa con la libertad y estando convencido de tratarse de dos cuestiones irreconciliables, vuelca sus fuerzas morales e intelectuales en combatir el catolicismo para asegurar la República. El ha optado y ha hecho de esa opción un programa personal de militancia. Quienes disienten con su forma de pensar deben situarse en su mismo terreno para enjuiciarlo y, en consecuencia, es previsible que quienes se atreven a acometer esa empresa, deban salir, inevitablemente, de las filas católicas.

### ***El programa propuesto por Bilbao***

El libro de Francisco Bilbao se conforma de tres partes: la invasión a México; las causas del peligro en América; los remedios. Hemos contemplado las dos primeras y nos falta verificar las soluciones que Bilbao presenta a sus lectores. Ellas parecen dirigirse en dos direcciones simultáneas que son, por un lado la contribución que América puede brindar a México en su resistencia al invasor y, por otro, la respuesta a los peligros que ha enunciado.

Al final del libro Bilbao retoma la cuestión de México y hace una rápida enumeración de las actitudes asumidas por los diversos gobiernos o pueblos americanos al conocer la invasión de la República de México, lamentándose del silencio que se ha producido en la Argentina. Su principal propuesta consiste en reunir un Congreso General para crear la Unión Americana en base a un vasto programa de acuerdos que harían del continente un solo país. Luego propone iniciar una acción diplomática ante los Estados Unidos y Europa denunciando la invasión francesa, a la vez que acordar entre todos los países ejercer lo que llama la “interdicción comercial con la Francia”,

o sea, aplicar el boicot al comercio de esa nación y favorecer el de los restantes países europeos. Finalmente, contribuir con recursos en ayuda de la resistencia de México.

En la segunda línea de soluciones Bilbao no se muestra ni tan claro ni tan pragmático, planteando el retorno a lo que llama el espíritu religioso, que según el autor “consiste en la creencia de aquello que se afirma como fundamental y eterno, en el amor a esa creencia y en la práctica de los actos que la creencia dogmática y moral, a la voluntad impone”<sup>27</sup>. Completa su idea, agregando: “El espíritu religioso consiste particularmente, en sentir el impulso y la atracción de algo de eterno que damos por fundamento a nuestros pensamientos, sentimientos y acciones”<sup>28</sup>.

El espectáculo de los católicos de doble conciencia le produce a Bilbao un rechazo total y del reflejo de su fe que estos le muestran nace, en buena medida, su rechazo de la Iglesia. Propone como programa formar personas auténticas, de una sola conciencia, tanto en público como en privado, en su fuero íntimo como en sus manifestaciones exteriores. Bilbao sostiene un deísmo difuso, aunque reconoce que esa creencia obliga al hombre en sus actos. “El Ser infinito es el axioma de los axiomas. El axioma metafísico” y agrega: “El problema consiste en vivificar la justicia, la libertad, la ley con el convencimiento y fuerza de un imperativo del Eterno”. El problema consiste en acercar, unir, poner en comunicación directa a la criatura con su Dios, por medio de la razón emancipada y del amor a la ley. El problema consiste en transformarse con el entusiasmo de la verdad revelada a toda razón independiente”<sup>29</sup>.

Su concepción racionalista admite la existencia de una religión natural, sin Iglesia, con un Dios vinculado al hombre y su conducta, pero rechaza lo sobrenatural, la revelación y, por ello, luego de manifestar que “queremos que la conciencia se una, que no haya dos hombres en la unidad de la persona”, completa su idea con esta otra en la que acepta la relación con Dios según el principio racionalista: “Queremos que la conciencia crea en la religiosidad indivisible de sus pensamientos y acciones”. Sin embargo retoma una idea cristiana aunque admitiéndola parcialmente cuando afirma: “que el asunto de *salvarse*, empieza aquí en la tierra y tiene relación con todas las cosas

27. Ibidem, pág. 98/9.

28. Ibidem, pág. 99.

29. Ibidem, pág. 101.

de la tierra: que el *pecado* no es sólo relativo a la conciencia íntima y privada, sino a la vida pública y social”<sup>30</sup>.

Al escribir esa tercera parte Bilbao piensa, de manera predominante, en los que se adhieren al racionalismo. “En esta parte de la obra, me refiero a los que han salido de la vieja Iglesia, a los que no reconocen la verdad de sus dogmas, ni la justicia en sus principios, ni la moralidad en su doctrina, ni la libertad en los resultados de su práctica. Me dirijo al filósofo, al racionalista, al verdadero republicano”<sup>31</sup>. Conforme a ello Bilbao enuncia las acciones concretas que debe ejecutar el racionalista a quien atribuye, una vez más asumiendo virtudes cristianas, el carácter estoico: “El motivo de sus acciones es el deber. El móvil de sus acciones el amor a la justicia”<sup>32</sup>.

Su esperanza en el triunfo racionalista lo ilusiona, pero antes será preciso que los hombres de pensamiento se unifiquen en América y como resultado se les dará el triunfo. “Si el racionalismo llegara al poder, a ser autoridad, gobierno, educación, entonces llegará el momento de decir lo que debe hacer, para la garantía religiosa de la libertad y extirpar la superstición”<sup>33</sup>.

### ***La religión racionalista***

Para Francisco Bilbao el grave peligro que se cierne sobre América radica en su fe católica predominante ya que ella encierra, según él la concibe, todos los errores, todas las debilidades y todas las contradicciones. Por otro lado, la Iglesia busca y ejerce un poder de tales dimensiones que ha impedido consolidar el sistema de libertad y de república. Ante esa posición no cabe más que sustituir la fe religiosa cristiana por la religión de la ley, la religión racionalista que, partiendo del libre examen, de la razón como última instancia de la conciencia, hace al hombre libre. Libre de toda sujeción, aun la espiritual, lo constituye en un ser soberano, auténtico, puro, sólo guiado por el deber, la justicia y el amor. El hombre racionalista es la única garantía de un orden social fundado en la libertad y de un orden político dirigido a formar una república.

El catolicismo es, en consecuencia para Bilbao, además de una

30. *Ibidem*, pág. 103.

31. *ibidem*, pág. 112.

32. *Ibidem*, pág. 115.

33. *Ibidem*, pág. 118.

superstición, una religión de sometimiento, de esclavos, que ha inventado el modo de instalarse en el poder, gozando de ciertas concesiones que no otorga en los países donde domina. Sus fieles no son virtuosos y han mostrado apatía e indiferencia por la política, ya que ejercen el dominio por otros medios. Combatir el catolicismo es, desde su punto de partida, una condición para afirmar al hombre racionalista e impedir la debilidad social de América.

La verdad, el bien, la justicia, el amor, el deber, son virtudes que sólo la razón descubre y que al conocerlas, impulsa a la voluntad convirtiéndolas en el impulso creador y animador de orden social. La justicia es el criterio de la inteligencia. La justicia es capaz de conciliar los intereses, de unificar a los hombres. Creyendo y practicando la justicia proclama la religión de la ley, pues la justicia se transforma en ley. “El hombre religioso —dice— necesita religión, es decir, creencia y ley. Creencia en la verdad de la ley. Tal es la esencia del principio religioso. La ley es la justicia”<sup>34</sup>.

Con tales ideas Bilbao no sólo enuncia su creencia en la que llama la religión de la ley, sino que, desprejuiciado y violento, plantea un ataque a toda la concepción cristiana, la revelación y la Iglesia. Toda la teología entra en su discusión y crítica y por derivación, la proyección política y social de los principios allí formulados. Pero, al mismo tiempo, elabora un racionalismo teológico negador de todo lo sobrenatural, de todo misterio no justificable por la razón y sin admitir revelación divina formula la idea de la religión de la ley, que constituye un difuso espacio de deísmo, racionalismo, naturalismo y panteísmo.

### III PARTE

#### *Un discípulo inesperado*

Los periódicos porteños reciben con simpatía el libro de Bilbao, no sólo anunciándolo y saludándolo al publicarse y, algunos, solidarizándose con sus ideas, en especial con la condenación a la invasión producida en México y sus ideas en torno a la libertad y la democracia, si bien no todos sustentan esas ideas con los fundamentos esgrimidos por el autor chileno. El racionalismo no constituye una vertiente

34. *Ibidem*. pág. 64.

filosófica que fuera conocida y compartida por amplios sectores de la opinión pública y difícilmente los periodistas que escriben los impresos diarios disponen de una visión clara en torno a esa corriente filosófica aunque sí, en cambio, dan prueba de haber asimilado algunos de los postulados de esa filosofía, sin entrar en mayores análisis. En consecuencia es posible observar que el cuestionamiento de los principios religiosos, la negación de la revelación y del magisterio papal, la dimensión social y pública de la fe, constituyen aspectos que la prensa en general comparte, probablemente sin comprender que derivan de una vertiente racionalista y naturalista. Una cosa, sin embargo, esa misma prensa, no postula de un modo tan radical y terminante, como lo plantea Bilbao y es la actitud anticristiana desafiante y combativa. La Iglesia, el sacerdocio, los principios cristianos no constituyen temas que ocupen a los periodistas como un objetivo fijo y permanente. No obstante la posición que asumen practican cierto pluralismo, una cierta convivencia respetuosa que no impide que algunos escritores católicos, Estrada entre ellos, colabore en sus páginas, aun refiriéndose a cuestiones religiosas.

El aspecto menos conocido y no planteado hasta entonces en Buenos Aires es el formulado por Bilbao, consistente en llevar un ataque a la Iglesia en razón de considerarla el factor más peligroso, no sólo para la libertad individual, sino también para la vigencia de la democracia y por lo mismo, para el porvenir de los pueblos de toda la América. No sólo en su escrito se niega la revelación y el contenido de los dogmas como corresponde al racionalismo cuando ingresa al terreno teológico, sino que, como una derivación en el campo de la política, atribuye a toda la Iglesia el propósito de constituir un poder, —una teocracia la llama equivocadamente— y por las ideas que sostiene, un peligro para la existencia de repúblicas democráticas en el continente.

Este enfoque que, más allá de su intención de atacar o negar a la Iglesia, posee una dimensión política que no se ha planteado en el debate que de ocasiones suele producirse en el periodismo, de un modo tan enérgico y radical. Esta posición asumida por Bilbao no obtendrá un consenso generalizado en la prensa liberal, que es la dominante y la más propicia a recepcionar ese tipo de mensajes aunque ello no impide que Bilbao disponga las puertas abiertas para publicar y con él, los que piensan de igual manera. Es por ello que en la prensa de aquel año Bilbao constituye un nombre inevitable de no mencionar, así como su libro, de igual modo que no se puede ocultar el cuestionamiento que proviene de las filas católicas a sus ideas. No se encuentra

sin embargo, que al estímulo de su libro se presenten apoyos a su pensamiento, salvo dos que hemos localizado y que poco agregan a sus ideas. El primero de ellos es un remitido que cobija el diario *La Nación Argentina* y, significativamente, lleva por firma dos iniciales: G.G. Se trata de un comentario extenso al libro de Bilbao que se publica en dos entregas, seguido de otro remitido que se oculta bajo la denominación de Fray Pollo, titulado *El hereje Bilbao*.<sup>35</sup> No nos detendremos en estos trabajos pues coinciden con otro que obtiene el beneplácito de Bilbao.

El otro trabajo aparece publicado en *La Tribuna* y pertenece a Francisco López Torres, que se proclama racionalista y copiando el estilo de Lamennais, poco agrega y más bien explaya las ideas de Bilbao, aunque por lo que dice, muestra indudable endeblez en sus formulaciones.

Este discípulo de Bilbao no es un periodista ni un escritor, si bien no faltan ocasiones en que hace irrupción en la prensa con sus escritos, todos fuertemente contrarios a la Iglesia. Su racionalismo se manifiesta como en este caso, predominantemente anticristiano, aunque con recursos escasamente reflexivos y fundados. López Torres encuentra acogida en el periódico que más se acomoda a ese modo de pensar, *La Tribuna*. Allí envía López Torres un artículo con el mismo título de la obra de Bilbao, asumiendo más la forma de un análisis bibliográfico que una ampliación del pensamiento de éste, pero sólo alcanza a ser una reiteración del mismo. El discípulo imita también el estilo, de tono altisonante y de frases enunciativas, resultando en su contenido insustancial y vacuo. Pero López Torres se atreve también a proponer soluciones. Así, para “el rechazo de la usurpación vandálica que le prepara Europa”, propone estas tres soluciones: 1. Organizar la democracia; 2. Para lograr ese objetivo es necesaria la separación de la Iglesia del Estado, la inculcación del racionalismo en el ciudadano, y organizar la Confederación Americana. Para realizar estos objetivos el autor considera indispensable reformar las constituciones para producir esa separación de los dos poderes, seguido de la reforma del clero. El centinela garantizador del programa debería ser “la inteligencia individual”, que es la defensora de la “verdad eterna y de la eterna justicia”<sup>36</sup>.

El apoyo que recibe Bilbao no lo sorprende, probablemente por

35. G.G. *La América en peligro*, en *La Nación Argentina*, 30 de setiembre y 3 de octubre de 1862.

36. LOPEZ TORRES, Francisco, *La América en peligro*, en *La Tribuna*, 3 de octubre de 1862.

conocer a su autor, pero lo mueve a la gratitud ya que dos días después, Bilbao le contesta con un breve texto que titula *La esperanza de la libertad*.<sup>37</sup> En ese envío, que también reproduce *La Tribuna*, Bilbao sintetiza su mensaje: “Salve, razón liberadora y pacificadora. (...) Hablábamos de democracia desde el pedestal de la teocracia. Invocábamos la libertad de rodillas ante el sacerdote de la servidumbre. Invocábamos la igualdad acatando la aristocracia de la Iglesia. Apelábamos a la libertad en el altar del odio al hereje. Buscábamos la verdad, que es universal, omnipresente en toda razón, en las aras del culto a la fe y de la obediencia ciega”. El racionalismo que ostenta Bilbao parte de afirmaciones sin razonamiento, como verdades indiscutidas e indiscutibles y por lo mismo, sin someter los términos de discusión a análisis pormenorizado.

La intención de Bilbao es plantear la discusión: “el problema está planteado, la discusión está hecha”. Muy reducido es el apoyo incondicional como el de López Torres que recibe, así como escasos son los que se sienten llamados a entrar al debate, no obstante la actualidad de la cuestión planteada en el mismo momento que en el país se asiste a la institucionalización de la vida democrática y al funcionamiento del sistema republicano con la definitiva integración de Buenos Aires al modelo formulado en Santa Fe en 1853<sup>38</sup>. No es de extrañar que, si bien al principio las ideas de Bilbao expuestas en *La América en peligro* producen un remolino en la opinión, pronto se acalla, como se opaca la voz de quienes salen a combatirlo. La invasión de las potencias europeas a México produce, lamentablemente, la misma escasa reacción. El debate, pues, que parece augurar el libro de Bilbao queda planteado entre tres contendientes: el de quien, en nombre del racionalismo, sale a exponer sus ideas y el de los dos que, desde posturas diametralmente opuestas se proponen demostrar la endeblez filosófica y teológica de la propuesta.

37. BILBAO, Francisco, *La esperanza de la historia*, en *La Tribuna*, 5 de octubre de 1862.

38. Efectivamente, el 12 de octubre asume la Presidencia Bartolomé Mitre, habiéndose logrado la incorporación definitiva de Buenos Aires y con pleno funcionamiento de los tres poderes.

### ***La voz del obispo***

El libro de Bilbao, más allá del racionalismo filosófico que lo anima produce un acontecimiento nuevo al provocar que el obispo diocesano haga sentir su voz de protesta. Es que Francisco Bilbao, rompiendo la tradición hasta entonces vigente, se ha lanzado con una virulencia desconocida hasta entonces en el periodismo, a denunciar a la Iglesia como un peligro para la vigencia de la democracia y el sistema republicano, lo que realmente constituye un cargo hasta entonces no formulado, y recurriendo, de paso a negar la existencia de la divinidad de Jesucristo y los dogmas de la Iglesia. Desde el punto de vista de ésta se trata de un pronunciamiento muy radical, casi una blasfemia pública realizada a la luz del día y por medio de la prensa, que le otorga difusión y un alcance inesperado. ¿Admitirían en silencio los hombres de Iglesia las ofensas implicadas a su doctrina y el gravísimo cargo de constituir el catolicismo el mayor peligro para las repúblicas americanas?

No es la primera vez que Bilbao enuncia tales ideas, pero nunca hasta entonces lo ha hecho en el país y menos dedicando un libro y ateniéndose a un método, desarrollando un pensamiento y teniendo, como centro único de sus críticas, al mensaje revelado, la fe y la Iglesia y todo ello expuesto con una fuerza y un estilo altisonante que bien podía captar a mentes poco analíticas o escasamente propensas al pensamiento doctrinario. Ello es la causa que lleva al arzobispo de Buenos Aires a asumir un público pronunciamiento en un gesto poco frecuente en su persona.

El documento del obispo dado a conocer por la prensa y también editado en hojas sueltas a fin de distribuirlo probablemente entre los fieles, se imprime con este título *El doctor Don Mariano José de Escalada y Bustillo Zeballos, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de esta Diócesis de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, a todos los fieles de nuestra diócesis*. Como se observa es el propio jefe de la Iglesia, el obispo Escalada quien firma acompañado de su Secretario el presbítero Federico Aneiros. Conociendo los textos pastorales de monseñor Escalada, así como la actuación, el pensamiento y la formación intelectual del entonces presbítero Aneiros, no guardamos la menor duda de que la redacción del mismo es obra indiscutida de este último, aunque la iniciativa haya partido del primero. Aneiros es por lo demás, quien mejor conoce a Bilbao dentro del clero, ya que siendo redactor junto con Félix Frías y Olegario Correa del periódico *La Religión*, cuyo cierre se produce en 1859, le

toca seguir de cerca las ideas de aquél y ser, probablemente, quien escribe algunos artículos breves que tienden a rebatirlo sin nombrarlo. Habría que agregar, abundando en razones, que Federico Aneiros es, indudablemente, el hombre mejor formado del clero, el que posee estudios de derecho, buen conocedor de cánones y para más, con una sólida formación en materia política, como tendrá oportunidad de demostrarlo a lo largo de toda su vida. Precisamente, el documento a que hacemos alusión, atiende, en primer lugar, al cuestionamiento erróneo que Bilbao hace del pensamiento cristiano en su dimensión social y política y recién, en último término, a los errores y blasfemias que aquél tributa a la Iglesia. Este orden no deja de ser significativo y evidencia, por lo demás, el modo como se juzga el libro y la índole y el temperamento del obispo y su secretario.

No obstante esta conjetura, que a nuestro entender es fundada, el documento para poseer autoridad debía ser firmado, como lo es, por el obispo monseñor Escalada, que por otro lado es un celoso guardián de la fe y hombre que pertenece a la generación formadora de la patria, pues nace en 1799 y posee por lo mismo de una muy clara noción, entonces indiscutida, que patria y religión se aúnan y más aún, aquélla le debe el apoyo que ésta le brindara a todos los esfuerzos por consolidar la formación del estado nacional. De modo que Escalada comparte con Aneiros la convicción de que nada tan ajeno y extemporáneo podía afirmarse, como incriminar al catolicismo ser el peligro de la República cuando Escalada tenía a su favor, la historia de los cincuenta años del país que había vivido y protagonizado, pues contaba con casi sesenta y tres de vida.

La intervención de monseñor Escalada está dirigida a condenar el libro de Francisco Bilbao, pues “sólo un espíritu de error y libertinaje puede inventar calumnias tan injustas contra nuestra Santa Religión Católica, como la que pretende persuadir el desgraciado autor del folleto que reprobamos”. El obispo le atribuye un pernicioso efecto al libro ya que, según sus palabras, abre “un vasto campo a la licencia, a la blasfemia y a la inmoralidad”, lo que está llamado a producir trastornos en la sociedad. Siendo ello así la conclusión que extrae es clara y terminante: “No pudiendo por tanto mirar con indiferencia tan graves males a los deberes de nuestra conciencia, que nos impone nuestro Ministerio Pastoral, os hacemos conocer el mortífero veneno que contiene ese infame libelo, para que os precaváis de él; y en el ejercicio de nuestra Divina Autoridad, en el nombre de Dios Todopoderoso, por la civilización de la América que es eminentemente Católica, por la paz y prosperidad de la República, prohibimos la

lectura del panfleto intitulado *La América en peligro* y os exhortamos a que por todos los medios que estén a vuestro alcance, impidáis la circulación de ese escrito capaz de seducir a los ignorantes y a los espíritus noveleros”<sup>39</sup>.

Una resolución tan grave y tan escasamente frecuente en Buenos Aires y en las demás diócesis, evidencia que el obispo debe haberle atribuido una influencia considerable al libro de Bilbao, el cual por otro lado, no alcanza una edición numéricamente muy elevada y, a juzgar por las repercusiones periodísticas, de un alcance limitado. Pero hay que tener en cuenta, quizás, que más que el número de posibles lectores, lo que influye en la decisión, es salvaguardar la doctrina católica por un lado y, por otro, el no ofrecer la sensación de indiferencia ante un ataque tan radical a la Iglesia como causa de perdición de la democracia. Pero al margen de ello, el obispo agrega, atendiendo al “mortífero veneno que contiene”, que en la condenación se tiene en cuenta “la civilización de América que es eminentemente católica”, a la vez que “la paz y prosperidad de la República”, lo que importa velar también, desde la perspectiva del obispo, indirectamente, por la armonía en la sociedad.

Este último aspecto, sin embargo, es el que domina en la línea argumental del documento episcopal, pues sobre un total de diez largos párrafos, la condenación del libro sólo ocupa el último, dedicando los nueve restantes a la consideración de la cuestión catolicismo-república, religión-democracia y la explicitación de la contribución de la Iglesia al orden democrático y republicano.

Los primeros párrafos guardan cierta ironía al llamar a Bilbao “nuevo maestro de la América” y atribuirle conocer “la causa y el remedio” del mal de América y suponer una “conjuración de los que se llaman pensadores, letrados y políticos para no tocar estas materias”. El obispo considera errónea la afirmación de Bilbao que “lo fundamental de la república sea la soberanía de la razón”, para sostener que en la República sólo la ley es soberana y su fundamento es la justicia y la obediencia por parte de los ciudadanos. Luego recuerda que las ideas de Bilbao no son nuevas y que por ellas ya fue enjuiciado en su propio país Chile y sancionado a la vez que suficientemente rebatido. Escalada lamenta que Bilbao sólo se atenga a la lectura de dos autores, como lo son Federico Colín y Mateo Findal, además de Quinet

39. La condenación del obispo se publica en los diarios del 25 de setiembre de 1862. El impreso por separado puede verse en el Archivo General de la Nación. Sala VII, §11§.5.7, folio 63.

y Michelet. Por el contrario, manifiesta que la mejor base de la democracia es la religión católica, porque ofrece las más sublimes nociones sobre la dignidad, la libertad, la igualdad del hombre y por exigir todas las virtudes que religiosamente practicadas forman la felicidad, la gloria y el espíritu de una buena república. En apoyo de sus ideas cita Escalada la experiencia de los Estados Unidos y la obra de Tocqueville, invitando a Bilbao a mirar reflexivamente aquella realidad de católicos sirviendo al sistema democrático.

Si los hombres rigiesen su conducta por la religión católica, afirma monseñor Escalada, dejarían de existir los dos monstruos “más temibles de toda sociedad humana: el despotismo y la anarquía”. Por el contrario, afirma, sintetizando la proyección política de los principios cristianos, “la religión católica obtiene el doble privilegio de garantizar a los pueblos contra las vejaciones de los mandatarios y poner a éstos a cubierto de los terribles atentados de la insurrección. Al paso que dulcifica y modera el ejercicio penoso y grave de la autoridad, aligera también y ennoblece la humilde autoridad de la obediencia. Ella infunde en los magistrados las ideas más puras y sublimes sobre la naturaleza de las funciones públicas y los deberes que deben llenar para con el pueblo. Ella les hace entender, que no son más que unos cooperadores de la Divina Providencia y que a su imitación deben gobernar a los hombres de un modo desinteresado, generoso y benéfico. Desde su tribuna sagrada clama sin cesar a los depositarios de la Autoridad para hacerles entender, que no están constituidos sobre sus demás conciudadanos, sino para establecer la felicidad pública a expensas de su reposo, placeres, salud y aun de su propia existencia. ¿Y qué otra religión que no sea la Católica puede conducir así a las sociedades humanas a la felicidad verdadera, que no sólo nos promete otra vida, sino que nos procura también en ésta?”<sup>40</sup>.

En este largo párrafo que no hemos querido omitir, el obispo sintetiza la dimensión social del Evangelio cuando es vivido por los cristianos y por lo mismo, más que existir compatibilidad entre Iglesia y democracia sostiene que es aquélla la que mejor guarda el sistema político democrático y que éste se acerca a lo mejor deseado, cuando reúne en su seno ciudadanos virtuosos que la misma Iglesia prepara.

De esta manera la respuesta del obispo se esfuerza por ubicarse en el mismo terreno en que lo planteara el apóstol del racionalismo, pero arribando a conclusiones opuestas a las que aquél formulara.

40. *Ibidem*.

### ***La Contra-Pastoral***

Francisco Bilbao no era hombre de callarse fácilmente, pues sentía vivamente sus convicciones y en favor de ellas jugaba toda su existencia, sin mirar el destino de sus propios intereses. La pastoral del obispo Escalada indudablemente lo afecta no tanto por los argumentos allí esgrimidos sino, sobre todo, por la prohibición de lectura de su libro que emite. Para un racionalista amigo del libre examen, que hace de la razón el supremo juez, una tal prohibición, además de resultarle anacrónica le ofrece el mejor argumento para denunciar, según su posición racionalista, la sumisión de los fieles, el exceso de autoritarismo y la esclavitud intelectual que la Iglesia ejerce a través de sus obispos. En ningún otro momento se le ha ofrecido una prueba tan próxima en favor de sus ideas, de modo que no la desaprovecha. Su respuesta no se hace esperar y se publica con el sugestivo e irónico título de *La Contra-Pastoral*<sup>41</sup>. Demás está decir que encuentra cabida en los periódicos al mismo tiempo que se imprime en tirada separada. Probablemente el obispo Escalada no alcanzó a prever esa intervención y menos con la extensión que el autor le otorga.

*La Contra-Pastoral* en su forma impresa posee una extensión de treinta páginas, lo que ya está indicando el cuidado puesto por Bilbao en su respuesta. Digamos que el autor no muestra signos de un enojo o malestar y antes bien, da pruebas de cierto humor y la posesión de una fina ironía que, en ocasiones como ésta, produce más malestar que un golpe. El autor va desmenuzando los argumentos esgrimidos por Escalada en diez capítulos, dedicando uno a cada cuestión. Una vez más vuelve Bilbao a la historia, en especial, la europea de los últimos años, en donde indudablemente muchos católicos, inmensa mayoría de ellos, han sido el sostén del tradicionalismo político, las monarquías, los gobiernos fuertes y autoritarios. Lo que sucede es que Bilbao aprecia la posición de esos católicos, de muchos hombres del clero y aun de la jerarquía a favor de esas ideas como una oposición de los católicos a las formas democráticas, como una derivación inevitable y única de la doctrina evangélica. En ningún momento tiene en cuenta el esfuerzo de los católicos democráticos que también, en esos años, luchan por conciliar el cristianismo con la libertad y de asociar el evangelio a las formas democráticas y a la lucha por la justicia. No

41. BILBAO, Francisco *La Contra-Pastoral*, en *Obras Completas de...*, op. cit. pág. 279 y sig. Hay también una edición en folleto, impreso en Buenos Aires en ese mismo año de 1862.

mira tampoco el catolicismo de América Latina, en donde, en la mayoría de los casos, la Iglesia y los hombres de la Iglesia han sido un factor decisivo para el triunfo de la Independencia y de la formación de los Estados democráticos del continente. Le resulta más fácil asociar el conservadorismo autoritario de Gaspar de Francia, de Gabriel García Moreno, de Manuel Montt o de Juan Manuel de Rosas a la Iglesia, sin probar si esa alianza se dio verdaderamente y en qué condiciones. Bilbao no se cuida mucho en tales sutilezas y simplifica el cuadro histórico, así como elude referirse al pasado argentino en donde los hombres de Iglesia han sido sostenedores y promotores de la institucionalización republicana, de la libertad, del funcionamiento político con participación popular.

Al mirar el pasado americano Bilbao supone una tragedia en el católico que no sabe o no puede conciliar su fe religiosa con su condición de ciudadano de una democracia, no estando, por lo demás, dispuesto a considerar cualquier esfuerzo por demostrar que no hay tal tragedia y antes bien es posible la conciliación sin perjuicio para ninguna de las partes. Tres son las conquistas que Bilbao supone que ya se han obtenido y son:

1. Distinción entre cristianismo y catolicismo;
2. El cristianismo identificado con la moral del evangelio con exclusión de los dogmas;
3. La vida política separada de Roma, la Iglesia, el catolicismo.

Hay otra conquista que rescata y es “la razón como única autoridad para toda creencia; la razón como fundamento de la personalidad del hombre y de los pueblos; la razón libre asentando la libertad razonable; la razón individual, único juez, criterio, autoridad de todo dogma y la razón o mayoría, único poder legislador y juez de todo lo temporal”<sup>42</sup>.

La inspiración racionalista y naturalista de Bilbao lo lleva, como a muchos de los que se colocan en esa posición, a combatir a la Iglesia, que es como el último baluarte que debe derrumbarse para lograr sus propósitos: “La razón afirma a Dios, a la libertad y a la justicia y el gran crimen imperdonable que comete esa razón consiste en abolir entre Dios y el hombre, la intervención de la Iglesia. La razón nos pone en comunicación directa con el Eterno y suprime al fraile”<sup>43</sup>. La Iglesia como institución nada ha dicho de la invasión a México de las huestes

42. *Ibidem*, pág. 280.

43. *ibídem*, pág. 281.

monárquicas, de modo que Bilbao supone se asocia a los invasores y al sistema político al que pertenecen y de ello deduce otro elemento para condenarla como contraria a la democracia.

En el texto de *La Contra-Pastoral* Bilbao se muestra menos exaltado que en su libro y recurre a un lenguaje moderado, nada ofensivo a la persona del obispo y lleno de ironía a las ideas que combate. Comienza por un acto poco frecuente, que es transcribir textualmente el texto de la pastoral de monseñor Escalada para entrar luego a rebatirla. Ya que se trata de una contra-pastoral asume desde el principio el tono imitativo de aquella: "Francisco Bilbao, racionalista republicano, ciudadano de la ciudad universal, apostólica y humana, a todos los fieles de la causa del libre pensamiento, salud y alegría". Luego dedica un capítulo, el último, a demostrar que el obispo lo ha ultrajado y enumera los calificativos poco felices que aquél ha colocado en su pastoral. Así cuando le atribuye "tendencia al desenfreno de las costumbres y perseguir la virtud y entronizar el vicio"; o cuando califica su libro de "libelo infame", que "abre vasto campo a la licencia, a la blasfemia y a la inmoralidad". Bilbao no devuelve una palabra ofensiva y con humor niega esos cargos "No y mil veces no, os emplazo ante la justicia de Dios y la razón de los hombres, a que lo demostréis, porque si no lo hacéis, si no justificáis esos ultrajes, si no probáis esas imputaciones, tendrá derecho para llamaros... al orden, ilustrísimo señor".

Uno de los capítulos se titula "el obispo desobedece al obispo" y allí Bilbao se queja de que se considere su libro un "acto infame", lo cual le hace decir que el obispo falta a la caridad, Bilbao considera que tiene derecho a esperar otra respuesta: "Cuán edificante no hubiera sido el espectáculo del anciano pastor procurando convencer, sino con la razón y con la ciencia, al menos con el amor de un cristiano al que podía considerar como oveja descarriada".

Bilbao ha sido un lector y conocedor del pensamiento de Lamennais, a quien sigue en muchas de sus páginas y cuyo estilo imita con cierto parecido. En este caso recuerda la condenación de aquél por parte de la Iglesia para intentar demostrar con este caso, que ello implica la imposibilidad de conciliar a la Iglesia con la libertad, y usa, al respecto, el texto en que la Santa Sede desaprueba las ideas de Lamennais. Igual utilización hace de un texto de Pío IX, cuando éste prohíbe en los dominios papales la instalación del régimen parlamentario. Uno y otro texto, referido a situaciones concretas no se relacionan con la cuestión debatida, la conciliación entre libertad, democracia y cristianismo, pero presentados como lo hace Bilbao asumen el

carácter de pensamiento político de la Iglesia y más de un lector debió quedar impresionado.

La respuesta contenida en *La Contra-Pastoral* es presentada con habilidad y con método, para concluir que ha mostrado al señor Obispo cinco pruebas concluyentes de hallarse equivocado, pero no puede dejar de acudir a su racionalismo al apelar a textos bíblicos y evangélicos e interpretarlos a su gusto y, a la vez proponer lo que denomina “programa de la joven América”: No más religión de Estado; no más subsidios al error (la Iglesia); libertad e igualdad para los cultos; organización de la enseñanza de la justicia; el libro (la Biblia) de la religión de la ley; escuela racionalista<sup>44</sup>.

#### IV PARTE

##### *Entra al debate José Manuel Estrada*

La intervención del prelado en nombre de toda la Iglesia, parecía haber dado por concluido con el cuestionamiento que, desde la perspectiva católica, se eleva al libro de Bilbao. En el planteo episcopal se sostiene que la doctrina católica no significa el peligro para ninguna república americana y, por el contrario, constituye la garantía de su existencia misma. ¿Quién podía mejor que el obispo cuestionar las ideas de Bilbao si éste combatía a la Iglesia? Este, al escribir su libro, dispuso del tiempo necesario para darle fin, mas quienes le salieron al paso, no gozarían de igual margen ya que el cuestionamiento así como el apoyo, si existía, debía ser inmediato, para actuar sobre el movimiento de ideas que el libro provocara. Cuando el obispo hace conocer su opinión, el 24 de setiembre, manifiesta de entrada: “acaba de publicarse en esta ciudad por Francisco Bilbao, un folleto con el título *La América en peligro* cuyo autor...”. Esto implica que quien se decidiera a intervenir en el debate debía hacerlo con el saber que disponía, sin posibilidades de recoger información, investigar datos o buscar apoyo en autores. Sólo contaba con el tiempo suficiente para escribir y remitir lo redactado. Esto, precisamente, le sucederá a José Manuel Estrada, quien tiene preparada su intervención a escasas dos o tres semanas de la fecha en que el libro de Bilbao entra en circulación.

44. *Ibidem*, pág. 309.

El dato referente a la rapidez con que Estrada ingresa al debate con un escrito que abarca un libro de ciento treinta páginas no es baladí y mucho menos si se tiene en cuenta que el autor a la fecha de dar a conocer su obra está cumpliendo los veinte años. La juventud del autor, el contenido del libro, las ideas que comprende y la rapidez con que lo redacta son factores que contribuyen a otorgar un singular mérito al autor y al escrito. Muy pocos son en verdad en Buenos Aires, en las filas del catolicismo, los que se hallan en condiciones de realizar tal aporte y más aún, si se tiene en cuenta, como enseguida veremos, el especial ángulo de enfoque con que Estrada asume la tarea de demostrar la tesis contraria a la que sostiene Bilbao.

La juventud del autor es sin duda el dato más singular ya que el lector desprevenido y desconocedor de ese hecho, podría quizás apreciar un cierto tono juvenil y romántico en el estilo, mas difícilmente supondría encontrar detrás de esas páginas un autor de tan escasos años y menos teniendo en cuenta la argumentación expuesta por Estrada, no intentada hasta entonces por ningún otro en el país. Atendiendo al escrito en relación a la edad y al escaso tiempo de dos o tres semanas que dispone para la elaboración se vislumbra que se trata de una mente privilegiada, habituada al estudio, con formación filosófica y teológica segura, mostrando un universo muy amplio de lecturas. En todo sentido Estrada evidencia que entra al debate no de un modo balbuciente o inseguro, sino, por el contrario, ofreciendo pruebas de hallarse en posesión de la formación suficiente en el campo de la teología, la filosofía y la ciencia política como para responder y a la vez cuestionar a su contrincante ocasional con tal vigor, que las tesis de Bilbao se deshacen en la contradicción y brilla, por el contrario, la tesis opuesta, a saber, el catolicismo es el camino para consolidar la república y garantizar hombres libres y virtuosos para la democracia.

La actitud de Estrada al entrar al debate responde a una modalidad que no asoma en él por vez primera en esa ocasión, sino que, por el contrario, ratifica una conducta puesta de manifiesto desde los dieciséis años cuando comienza a ejercer el periodismo en *Las Novedades* (1860), *La Paz* (1860) y *La Reforma Pacífica* (1860-1862). Esa nota singular que lo caracteriza consiste en escribir sobre las cuestiones que agitan a la sociedad, sobre los temas que ocupan la atención ciudadana, atendiendo de lleno a los problemas y haciéndolo desde una perspectiva original que proviene de lo que pocos conocen o vislumbran que es su formación filosófica y teológica, aunque ello no se perciba a primera vista. A los diecisiete años escribe *Signum*

*Foederis* (1859), que subtítulo “Efectos sociales y religiosos de la armonía” y referido nada menos, que a la grave cuestión que entonces enfrenta a los argentinos: la unión nacional. Aquel trabajo, en que Estrada plantea la unidad, la concordia, la paz, la conciliación como prenda de grandeza y la desunión, la discordia, la división, las pasiones, como seguros agentes de la destrucción de la nacionalidad, no obstante los arrebatos juveniles, envuelve una visión teológica y antropológica de la historia y de los pueblos y ha de ser, sin saberlo él, el camino que lo lleve a escribir *El catolicismo y la democracia*. Pero este escrito denota, lo que es relevante, que por encima del joven ocupado en reflexionar sobre los problemas del país, hay en él un corazón cristiano y de un demócrata convencido, pero a la vez, fundado en profundos principios que poco o nada tienen que ver con la cháchara de los fáciles demócratas que pululan en el periodismo o en la vida de los partidos.

Si aquel trabajo puede considerarse tan sólo un ensayo, más acabado, más maduro, quizás también más reposado que los que le han precedido, es el pequeño librito, casi un opúsculo, que publica en los primeros meses de 1862 y que lleva por título *El génesis de nuestra raza*. El joven estudioso necesitaba terrenos más amplios que los artículos periodísticos y asuntos más elevados que los cotidianos en donde probar sus armas y lo halla en refutar al profesor de la Universidad de Buenos Aires doctor Gustavo Minelli, quien pronuncia en esa casa de estudios una conferencia en la que ataca el dogma, la revelación, la creación. La audacia de las ideas, que por otro lado no eran nuevas en labios de escépticos y no creyentes, produce cierto regocijo entre la juventud descreída, agnóstica o simplemente no cristiana, a la vez que encuentra eco en la prensa general del país, que no se caracteriza precisamente por alinearse en el pensamiento cristiano. Acontecimiento que alcanza tanta repercusión, que agita innecesariamente el ambiente cultural, tiene escasa respuesta en las filas del catolicismo. Hay, sin embargo, una intervención que es la de Estrada, que si bien no dispone del mismo ámbito universitario no goza de los favores de la prensa, tiene en cambio, el mérito de hacer callar al atrevido profesor que no supo o no pudo levantar los cargos que el joven le cuestiona, demostrando la endeblez de los fundamentos y argumentaciones así como lo falso de las tesis sustentadas.

Es en ese mismo año en que Estrada acaba de dar a conocer su opúsculo refutando a Minelli, cuando aún no ha saboreado la derrota de su contrincante, es cuando debe, nuevamente, abocarse a intervenir en otra contienda intelectual, pero esta vez, enfrentando a un

amigo y en un terreno en el que se mueve con soltura y seguridad y que, además, se ajusta a sus gustos de incipiente pensador de los problemas del país y de América. El joven Estrada llega así, en cierta manera preparado para salirle al paso a Francisco Bilbao, hacerlo con elegancia y lo que es más meritorio, con una solvencia inusitada, anuncio indudable de una inteligencia muy bien dotada y de la que podrían esperarse en el futuro frutos más sazonados.

Una vez más el joven Estrada desafiado por el libro de Francisco Bilbao encuentra la ocasión de mostrar qué representa en su generación: una mente ilustrada como pocas y capaz de enfrentar las cuestiones más actuales del pensamiento con la preparación de un intelectual católico comprometido con su fe junto a un pensamiento político de igual naturaleza, convencido sostenedor de la libertad y la democracia.

### ***En el periodismo y el libro***

El director y redactor de *La Nación Argentina* es José María Gutiérrez, hombre estrechamente vinculado a la corriente poco propicia a las ideas católicas, sin que ello le impida abrir el diario a los que militan en esa corriente. Tal es lo que sucede con la colaboración de José Manuel Estrada, que recurre a las páginas de ese periódico para rebatir a Francisco Bilbao y desarrollar la tesis contraria. Es naturalmente José María Gutiérrez, al igual que su hermano el Rector de la Universidad de Buenos Aires Juan María Gutiérrez un hombre que mantiene fluida comunicación con la generación joven que se inicia en la vida pública y su diario acoge con criterio amplio a todos los que, dentro de ella, manifiestan cualidades para aportar un pensamiento propio. Son, por lo demás, amigos que se respetan mutuamente, no obstante las diferencias de edades que los separan.

La respuesta de Estrada a Bilbao lleva por título *El catolicismo y la democracia. Refutación a "La América en peligro" del señor D. Francisco Bilbao* y su publicación se inicia en las páginas de *La Nación Argentina* el 28 de setiembre. Este diario, como ya lo señalamos se alinea con las ideas expuestas por Bilbao, catalogando a su escrito de notable. No obstante Estrada encuentra cierto elogio al ser anunciada su participación en el enjuiciamiento a *La América en peligro*. Así lo presenta el redactor: "Publicamos en el lugar correspondiente el artículo que nos ha enviado el señor Estrada sobre el notable folleto de Don Francisco Bilbao. Aquel escrito, como los demás del

señor Estrada revelan un fondo de conocimientos y una inteligencia digna de ser consagrados a una gran causa". El reconocimiento a las cualidades del autor no impide que el redactor deje sentado que no ha de acompañarlo en sus ideas: "En cuanto a los principios que sostiene poco vemos que pueda impugnarse en este primer artículo, pero sospechamos desde luego que no estaremos de acuerdo con lo que exponga en adelante, si, —como probablemente sucederá—, llega a tocar algunos puntos de las cuestiones religiosas"<sup>45</sup>.

Esta advertencia se debe a que Estrada sólo adelanta en esa primera entrega, los capítulos iniciales, el planteo de la cuestión, mas allí se señala el tipo de argumentación que ha de seguirle, razón por la cual el diario se adelantaba a fijar su posición. El texto de *El catolicismo y la democracia* se publica en cuatro entregas del diario, los días 28 de setiembre y 1<sup>o</sup>, 3 y 8 de octubre. De inmediato el autor realizará una publicación separada en forma de libro que circula en el comercio<sup>46</sup>.

La posición filosófica sustentada por Bilbao no ha impedido mantener una amistad cordial con los hermanos Estrada, tanto José Manuel como Santiago. De ello deja constancia el primero al comenzar el análisis del libro de Bilbao, sin que tampoco, esa amistad, constituye un obstáculo insalvable a una crítica severa realizada en el terreno de las ideas y ello le hace manifestar que Bilbao "no vea nada personal en nuestras palabras, sino el grito de la conciencia indignada, contra los verdugos de la humanidad, que en su delirio inventaron las doctrinas bárbaras, que han extraviado su excelente corazón y su bella alma"<sup>47</sup>. Al concluir reitera que sólo rechaza las ideas formuladas por Bilbao, "con quien —agrega— nos ligan lazos de sangre y de amistad", pidiéndole que si "encuentra una frase, una palabra que pueda herirle personalmente, bórrela; nosotros la retiramos"<sup>48</sup>. Demás está manifestar que a lo largo del texto no se encuentra una frase, una palabra, que sea ofensiva ni aun molesta a la persona del enjuiciado, lo que prueba la calidad y altura con que Estrada realiza su crítica.

45. La Nación Argentina, 28 de setiembre de 1862.

46. La edición en forma de libro, que es inmediata a la publicación periodística, lleva el mismo título y corre por cuenta de Imprenta y Litografía de Bernheim, Buenos Aires, 1862, 128 páginas. Se incluyen en la edición de las *Obras*, tomo I, página 145 a 282. Nosotros, en las citas, utilizamos esta última edición.

47. *Ibidem*, pág. 133.

48. *Ibidem*, pág. 282.

De entrada el autor desecha el camino de recurrir a la historia para deshacer, con la experiencia del pasado, la tesis de la incompatibilidad entre la Iglesia y el mundo civilizado sostenido por Bilbao y manifiesta que “refutando a un filósofo, me ha parecido conveniente seguirlo en su terreno”. El terreno será el de la filosofía y el de la teología, que aquel niega, sin embargo, siendo tantas las afirmaciones, tantas las negaciones y tantos los cargos infundados a la Iglesia formulados en *La América en peligro*, Estrada se ha de concretar a refutar las dos últimas partes del libro que son las causas del peligro para América y los remedios que el autor formula. Desecha probar las contradicciones en que incurrió Bilbao “porque sería obra interminable”; ni el probar que Bossuet no ha sostenido el poder divino de los reyes, ni el respeto a la creación, ni la doctrina de que fuera de la Iglesia no hay salvación, ni en la demostración del pecado original, así como un conjunto de otros desaciertos que enumera, a fin de probar los errores en que incurre Bilbao y que rechaza, así como tampoco entra a levantar calumnias formuladas en contra del catolicismo. Estrada se decide por tomar en conjunto el pensamiento fundamental de Bilbao y allí concentra su argumentación, sabiendo que al deshacer ese núcleo se desmorona el resto de la estructura ideológica.

¿Cuál es el método con que Estrada enfrenta las ideas de Bilbao? “No vamos —dice— a probar ningún dogma; vamos a estudiar algunos a la luz de la filosofía y a descubrir en ellos la fuente de donde brota a raudales ese elemento de la vida de los pueblos, ese fuego sagrado de la patria, que llamamos la libertad”<sup>49</sup>. Y a paso seguido, afirma: “Profundizamos un poco a la luz de la razón y la sana filosofía los dogmas fundamentales del catolicismo”<sup>50</sup>. Nada mejor, para ilustrar esta posición que describir la estructura de la obra de Estrada, que se compone de diecisiete capítulos: Introducción; El libro del señor Bilbao; La cuestión, el dogma; La creación; La Providencia; Premios y castigos eternos; La encarnación; La familia. La virgen María; Virtudes católicas. La caridad; Sacramentos; La fe. El racionalismo; Complemento de los anteriores; La república fuera del evangelio es impracticable; La revolución francesa; El mal de Sudamérica. El remedio; Misión del Nuevo Mundo; Conclusión.

Los títulos enunciados son suficientes para señalar el método de extraer, de las verdades fundamentales de la fe católica aquellos

49. *Ibidem*, pág. 139.

50. *Ibidem*, pág. 140.

aspectos que, vividos, practicados por los fieles, poseen necesariamente irradiación e implicaciones político-sociales. Para Estrada no debe existir quiebra entre religión y sociedad, entre existencia religiosa y vida política y por ello su labor de apologista en el sentido de auténtico defensor de la fe, es y lo será toda su vida, rechazar las consecuencias de la ilustración, que se prolonga en el naturalismo y el positivismo, que crea una fractura en la propia conciencia de los hombres y por consecuencia, en la concepción de la sociedad. Para Estrada la fe, los dogmas, no son sólo privativos de la conciencia y poseen por el contrario, una dimensión social como todo el mensaje cristiano. Veamos cómo Estrada lo desarrolla.

### *Una obra de teología política*

El enfoque que Estrada elige como el más eficaz para rebatir a las ideas de Bilbao tiene la virtud de haber dado origen al primer trabajo de teología política que se escribe entre nosotros en el siglo XIX. Estrada, como lo mencionamos, pudo haber optado por recurrir al método histórico y salir a demostrarle a Bilbao que la historia, en buena medida, se hallaba de su lado, bastando para ello con hacer el recuento del evidente mejoramiento de la humanidad a partir de la existencia del cristianismo, de la armonía que se daba en una comunidad, y entre ellos los diversos sistemas políticos y la forma democrática, tal cual se daba en los Estados Unidos y con imperfecciones pero indudablemente conciliable, con los ejercicios de vida democrática que practican los estados nacionales en América.

Sin embargo Estrada elude ese camino para colocarse en el mismo terreno elegido por Bilbao, ya que lo que está en juego no es el pasado con sus experiencias históricas, por más que Bilbao las use a discreción, sino el presente y el futuro, ante el cual el apóstol racionalista denuncia al catolicismo como un peligro para la vida republicana. Bilbao se sitúa en el terreno de la filosofía y de la teología, realizando una crítica racionalista a la religión y a la Iglesia y más allá de sus afirmaciones contra los dogmas, intenta demostrar que el catolicismo implica una creencia que aliena al hombre para vivir en democracia, crea un ciudadano carente de libertad, incapaz de poseer cualidades para la práctica social de la pluralidad democrática.

Al eludir el planteo histórico el joven escritor católico se ubica en un terreno nuevo cual es demostrar, a partir de la teología y la filosofía, todo lo contrario de la tesis sustentada por Bilbao y, a la vez, probar

lo errado y peligroso para la democracia del planteo sostenido por éste. Al situarse en esta posición Estrada debe necesariamente prestar atención a las implicancias político-sociales del cristianismo, a la irradiación del mensaje evangélico en la vida cívica de la sociedad, saliendo así del molde puramente personalista o existencial de la teología y atender a su irradiación política. Lo notable es que quien asume esa actitud es un joven que, guiado por el pensamiento cristiano cuyo estudio ahonda y abreva en la teología de su época, sabe encontrarle, más allá de lo metafísico y de lo dogmático, una dimensión que no todos perciben: relación entre Iglesia y dimensión pública, entre revelación y sociedad, entre fe, virtud y vida política.

La relación que Estrada percibe tempranamente, desde muy joven, entre teología y realidad, entre fe y praxis social y política es uno de los aspectos más novedosos de su posición de intelectual católico, actitud que domina a lo largo de toda su vida y le otorga esa claridad de visión en la última etapa de su vida<sup>51</sup>. Si el cristianismo es algo vivo, que se encarna y transforma al hombre, ello repercute y se proyecta necesariamente al orden público donde éste se desenvuelve. Las virtudes cristianas no pueden ser consideradas como algo privado, reducidas al fuero de la conciencia y si son tales, deben ser necesariamente actuadas o practicadas. Hombre, paz, justicia, libertad, tolerancia, fraternidad, caridad, igualdad no son sólo denominaciones de sentimientos íntimos sin proyección social ni pueden ser consideradas como algo privado, sino que inevitablemente poseen relación con la responsabilidad social. Es por ello que Estrada manifiesta, a partir del mensaje cristiano, que un católico fiel a las exigencias de su fe, inevitablemente proyecta sobre el cuerpo social la irradiación de su fe liberadora instaurando o actuando a través de una vivencia real, la justicia, haciendo más armónica la convivencia, más clara la fraternidad; siendo un agente de pacificación, de conciliación, de vida democrática.

Pero Estrada agrega algo que más bien merece destacarse, previo a la formulación de su pensamiento teológico-político y es la crítica del racionalismo. Su crítica puso en evidencia que el racionalismo es no sólo una concepción que niega las verdades reveladas y rechaza a la Iglesia, sino que es, por sobre todo, una concepción errónea de la razón por el absolutismo que atribuye a ésta y por lo mismo, ejerce una

51. Véase nuestra obra *Católicos y Liberales en la generación del ochenta*. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires, 3ª edición. 1993.

función disgregadora y anárquica de lo social. En este sentido Estrada, a partir de la teología, encuentra la relación exacta entre fe y razón y rechaza con buena argumentación el abuso de esta última convertida en religión y centro único de referencia de la vida individual y social. La deificación del individuo por su razón constituye un dogma político tan peligroso como el contrario, la absorción del individuo por el Estado. Desde la altura de su visión teológica sabe Estrada derivar una teología política crítica y mostrar, por el contrario, que sólo el hombre cristiano queda liberado de esos dos errores paralelos y opuestos.

Que el cristiano es el germen potenciador de la vida democrática lo encuentra Estrada en la dignidad de la persona redimida por la Encarnación y llamada a realizar una misión de fraternidad. “La dignidad del hombre —manifiesta— no es otra cosa que la conciencia de su personalidad libre y el amor que entre las facultades del alma y la libertad su síntesis, se establece como impulso poderosísimo, que levanta la voluntad hasta el heroísmo, la razón hasta la ciencia, el amor hasta la caridad”<sup>52</sup>. Y ello se manifiesta, en última instancia, en la fórmula política que se llama democracia.

Para Estrada la democracia es el sistema que mejor se ajusta al cristianismo, siendo éste el fundamento de esa forma política y las demás expresiones políticas que no derivan de la visión evangélica del hombre, se asientan en la pura razón, lo que no es garantía de acierto. La fórmula de la libertad, igualdad y fraternidad sólo adquiere genuino sentido, cuando surge de la fuente evangélica, de la cual se las ha sacado para entenderlas como manifestación de la ilustración y el racionalismo. Ellas sólo tienen sentido en la medida en que están vivificadas por el amor cristiano, que es principio de vida.

Sin embargo es posible advertir que al hablar de cristianismo y democracia Estrada no esté pensando en una Iglesia del poder. Son los fieles los llamados a actuar en la democracia desde la dimensión de la fe y al hacerlo le otorgan una vitalidad hecha de amor, de caridad, de fraternidad, de justicia, de respeto al hombre. La democracia sólo florece en la libertad y el cristiano, si lo es realmente, es la mejor expresión de un ciudadano libre.

Quizás haya que destacar la relevancia de la intervención de José Manuel Estrada, quien entra al debate para defender que no hay contradicción alguna entre democracia y cristianismo, pero que de

52. *El Catolicismo y la Democracia*, op. cit., pág. 134.

paso, desde el mismo dogma, sale a cuestionar las posiciones del racionalismo cuando éste se extiende al campo de la revelación, la dogmática y la exégesis. El tema no era nuevo dentro de la Iglesia, en especial en Europa y en ese sentido los maestros de Bilbao representaban la corriente francesa de un proceso que reconocía sus orígenes en Lessing, Kant, Fichte, Schelling, Hegel y la indudable contribución de los teólogos protestantes, sin mencionar a los autores que provenían del naturalismo y el panteísmo. La singularidad de la intervención de Estrada reside en que, sin dejar de sustentar la posición derivada de la filosofía cristiana en orden a la democracia, demuestra los errores de ese racionalismo en relación a la fe, la revelación y la interpretación bíblica. Si bien Estrada no aporta nada nuevo a lo que han expresado destacados teólogos y pensadores católicos respecto a esta cuestión, su mérito reside en destacar los peligros del pensamiento racionalista tanto en el campo político como en el teológico, y al hacerlo en un medio alejado de aquellos debates y sin antecedentes en tales cuestiones, su mérito se acrecienta. Ocho años después de este debate en Buenos Aires, el Concilio Vaticano I, al promulgar el 24 de abril de 1870 la Constitución *Dei Filius*, condena los errores del racionalismo y sus derivaciones.

### ***Una respuesta teológico-política***

Estrada declara que es católico y en consecuencia, estudia “a luz de la filosofía de los dogmas que aceptamos y al llevarlos a la política, decimos: somos Republicanos”<sup>53</sup>. Para demostrar que puede serlo sin contradicción, entra el autor a plantear el dogma católico en sus principales enunciados para demostrar que en ninguno de sus elementos halla el cristiano conflicto alguno con la libertad, la vida democrática y la república. “La libertad—dice— es hija del Evangelio, es la encarnación política del cristianismo y se deduce del estudio de sus dogmas”<sup>54</sup>.

El hombre se halla en el plan de Dios y al crearlo lo ha hecho a su imagen y semejanza y de ello deduce Estrada una filiación directa: “Soy la imagen de Dios: debo reflejar en mis acciones y consagrar en mis pensamientos íntimos, en mis ideas, en mis aspiraciones, los

53. *El Catolicismo y la Democracia*, op. cit. pág. 130.

54. *Ibidem*, pág. 143.

atributos de que Dios me ha dotado”<sup>55</sup>. Pero ese mismo Dios, al crearlo a su imagen y semejanza le ha dado “una chispa de inteligencia, una ascua encendida del fuego de su alma, de su amor y el tipo de esa vehemencia de la vida, de esa energía del alma, que llamamos voluntad: inteligencia, voluntad y amor, fundidos y amalgamados en el instinto, en la gloria, en la potencia de la libertad”<sup>56</sup>. Siendo obra de Dios, todos los hombres son iguales, todos son hermanos, no hay superior ni inferior. Por ello, fuera de las tradiciones del Génesis no hay explicación para la noción de igualdad, debiendo por tanto convenir “en que este dogma encierra en sí el germen y la garantía de la libertad moral, de la razón y por consecuencia de la democracia y de la ley”<sup>57</sup>.

Dios respeta la libertad del hombre, de modo que siendo libre de su Creador, se pregunta Estrada “¿Cómo no lo será respecto de los demás hombres?” Con ello el catolicismo lleva “la humanidad a la afirmación y la práctica de la democracia absoluta, que consagra en la vida de los hombres los elementos y facultades de la criatura racional”<sup>58</sup>.

La dignidad del hombre no puede ser explicada desde el punto de vista del racionalismo, que es impotente para resolver la naturaleza humana y explicar su sentido. La respuesta debe buscarse en el dogma de la Encarnación manifiesta Estrada: “He ahí la raza humana engrandecida, vivificada e iluminada en la revelación del Cristo y la manifestación personal del Verbo”<sup>59</sup>. Si Bilbao niega el pecado original no puede explicar la naturaleza humana por la fisiología, arguye Estrada. “Sólo Jesucristo, manifestación personal del Verbo podía producir la santidad y la luz del Evangelio”. El raciocinio del cristiano, según Estrada, puede explicar todo el misterio del hombre a la luz de la revelación: “La dignidad del hombre es afianzada por la unidad histórica en la expectación de Jesucristo por las revelaciones y comunicaciones, de Dios con nuestro linaje; por la unión personal del Verbo a nuestra naturaleza; por la misión divina del Mesías, Maestro y Redentor del mundo y por la enseñanza y los dogmas del Evangelio, testamento del que siendo hijo de Dios e hijo del hombre, ensanchó los

55. *Ibidem*, pág. 155.

56. *Ibidem*, pág. 156.

57. *Ibidem*, pág. 157.

58. *Ibidem*, pág. 168.

59. *Ibidem*, pág. 179.

horizontes de la razón humana y abrió nuevas esferas en que pudiera agitarse nuestra energía y nuestra libertad”<sup>60</sup>.

Bilbao desea obtener una república plena y virtuosa pero Estrada le replica que su raciocinio falla al admitir que los hombres pueden ser virtuosos si quedan librados a la sanción de su propia ley racional. Precisamente por no disponer de ninguna referencia y relación a la ley moral sancionada en la conciencia impresa por Dios y afirmada en su revelación, todo lo que el hombre haga ha de poseer la fugacidad del mismo raciocinio, que hoy afirma lo que mañana niega. Tampoco ha de contribuir a formar hombres virtuosos el matrimonio civil que Bilbao propicia, por ser un simple contrato y la ley civil se elude fácilmente. Por el contrario, “llevado por todos estos medios la familia a su perfección, conduce la sociedad a su ideal, de manera que considerada la cuestión bajo este punto de vista, se arroja una nueva luz sobre esa gran mentira de la república racionalista y del catolicismo despótico y la Iglesia que alza sobre las nubes la imagen de la Virgen, consuelo de los afligidos, madre de la humanidad y único refugio y esperanza de los que peregrinan en el valle de las amarguras, concurre con este gran dogma a la formación de esa aspiración inmensa del hombre libre, de ese gran ideal de los pueblos, de esa democracia que amamos y cuya única garantía son los dogmas, la caridad y las virtudes que Jesucristo despeñó desde el Calvario derramando en su sangre la sangre de verdad y de justicia, que ha de nutrir y vivificar las venas del universo moral, del universo social y del universo político”<sup>61</sup>.

Bilbao ha mostrado indudablemente ceguera y pasión al afirmar que la Iglesia no produce hombres virtuosos, lo que Estrada ha considerado una blasfemia injustificada, dándole tema para analizar la tesis contraria; el buen cristiano centra su vida en la fe y en la caridad y la vivencia de las mismas posee irradiación social: “Conven-gamos —afirma— en que siendo el amor recíproco la única promesa definida y fundada de que ninguna exigencia limitará la acción del hermano, ni ningún egoísmo entorpecerá la propia actividad, la caridad católica es poderosísima garantía de la libertad individual”. Pero no conforme, afirma esta proposición como conclusión: “Y siendo la libertad, la igualdad y la fraternidad, el análisis de la democracia, salta como una chispa esta verdad incontestable, que el catolicismo,

60. *Ibidem*, pág. 184.

61. *Ibidem*, pág. 203.

que lleva esos santos principios hasta la esfera de la virtud, que lleva el nivel moral hasta sembrar el más dulce de los sentimientos y definir el infinito y la creación racional, con la palabra de más ternura, con la palabra de padre, con la palabra de hermanos, favorece por lógica inducción de sus dogmas el afianzamiento y el reinado de la democracia y de la república”<sup>62</sup>.

Indaga más Estrada, ya que analiza el valor de los sacramentos para obtener la gracia personal y vivir en la virtud, ocupando el sacramento de la penitencia y el de la eucaristía una función salvadora “y una garantía de virtud. La república, según Montesquieu y Bilbao se funda en la virtud, luego protege el catolicismo con este principio su radicación”<sup>63</sup>. Más aún, Estrada pone al descubierto que el hombre según el racionalismo es sólo una concepción individualista y por lo mismo, favorecedora tanto de la anarquía como de la absorción por parte del Estado. Por el contrario, el cristianismo representa la libertad guiada por el amor al prójimo, la solidaridad, la caridad. “Quitad el catolicismo e imponed la religión de la ley; quitad la fe, la revelación y proclamad el triunfo universal del racionalismo. ¿Sabéis que producirá? El resultado es muy claro. La razón es el único juez. El hombre a nada tiene que consultar. Concibo; he ahí el dogma, he ahí la verdad. La razón habla a la razón por medio de la razón. No hay más Verbo que la iluminación interior de mi propio espíritu, ni más revelación que la que mi entendimiento alcanza, ni más virtud que la que mi voluntad ama y escoge”<sup>64</sup>. El método empleado por Estrada es riguroso y aplicando la lógica reduce al absurdo muchas de las proposiciones de Bilbao, al tiempo que, por el contrario, desenvuelve hasta sus últimas consecuencias los resultados derivados de los principios cristianos, el racionalismo no contribuye a formar hombres virtuosos y por tanto no favorece a la República, derivando hacia el individualismo, la anarquía, el socialismo y el comunismo, pues se funda sólo en la razón. Distinta es la situación para el católico, ya que el “estudio filosófico de los dogmas católicos nos demuestra que ellos favorecen en altísima manera al desarrollo y a la radicación de la libertad”<sup>65</sup>.

62. *Ibidem*, pág. 215.

63. *Ibidem*, pág. 225.

64. *Ibidem*, pág. 232/33.

65. *Ibidem*, pág. 236.

Más de un centenar de páginas dedicadas a demostrar los errores del racionalismo del que se ha hecho vocero Bilbao y a la vez, probar que, por el contrario, la Iglesia, con sus dogmas en la mejor salvaguardia del hombre virtuoso, de la libertad con orden, de la justicia, el bien común, la solidaridad, la fraternidad y la convivencia pacífica y armónica, le permite arribar a una conclusión que da título a un capítulo: "La república fuera del evangelio es impracticable". Estrada demuestra que el catolicismo encierra en sí el germen de la libertad y de la ley. "El principio religioso es indispensable: es él la única garantía de la ley y eslabonando las relaciones de la tierra con el infinito y del hombre con el hombre, asegura el buen orden y la paz y la libertad". Constituyendo la razón el supremo legislador como lo propone Bilbao se destruye la noción de república, pues no es fácil armonizar tantas razones como ciudadanos existen. Aplicando este criterio Estrada demuestra que para el racionalismo no puede haber sistema representativo legítimo, ni puede existir un sistema judicial de decisiones válidas para todos, ya que la delegación de funciones se convierte en un absurdo.

Bilbao dedica la tercera parte de su libro a lo que llama, según lo hicimos constar, los remedios que propone el racionalismo para mejorar la realidad americana. Por su parte Estrada también hace lo mismo al cerrar su libro en el capítulo "El mal de Sud América. El remedio". Naturalmente, sus proposiciones, derivadas de los principios evangélicos, son diametralmente opuestas a las de Bilbao y coherentes con el pensamiento que ha expuesto. Allí enumera Estrada algunos de los males que él observa en este continente: imitación de filosofías extrañas, la indiferencia, el odio, el falso sentido de la libertad, el escaso amor entre los hombres, el caudillismo, la tiranía, la ausencia de educación, la demagogia. Para Estrada "Ha faltado en América la base de toda verdadera democracia y los pueblos han buscado en los hombres lo que sólo podían encontrar en Dios y en sí mismos"<sup>66</sup>.

Como un resumen de cuanto lleva escrito Estrada sintetiza su pensamiento: "La libertad pública se funda en el dogma de la libertad moral. La ley social se funda en la noción de la ley absoluta, del axioma moral. La igualdad se funda en el dogma de la creación: igual origen, iguales deberes, igual destino; quiere decir, idénticos derechos. La

66. *Ibidem*, pág. 264.

fraternidad se funda en la revelación: unidad de la redención, reversibilidad de la gracia; quiere decir, comunidad de medios y de dones para lograr el objeto final de la creación del hombre y de la libertad de su espíritu. La dignidad humana se funda en la Encarnación; la naturaleza de la criatura unida a la del Creador; es el punto más alto de la filosofía cristiana y el término de las aspiraciones del alma. La familia se funda en el dogma de la Virgen María, que elevando la dignidad de la mujer, garante su perfeccionamiento y su constitución. El amor republicano se funda en la caridad”<sup>67</sup>.

Unas pocas páginas más dedica Estrada para analizar lo que considera la “misión del nuevo mundo”, al que atribuye el de “llevar la palabra en el gran combate de la libertad y de la república; he aquí la misión de la América”, agregando: “¡Fe y libertad! Esa es la misión de América en la historia”!<sup>68</sup> Las últimas frases están consagradas a cantar con vigor juvenil la idea de libertad, igualdad y fraternidad, no según la concepción racionalista, sino con el sentido en que ellas nacieron, como derivadas de las verdades evangélicas.

### ***Relevancia del debate***

El debate teológico-político que hemos analizado no tiene más protagonistas que los mencionados, así como tampoco derivaciones posteriores de alguna significación. Los dos planteos quedan formulados, siendo el propuesto por Francisco Bilbao, un derivado de las fuentes de la ilustración, el racionalismo y el naturalismo y ser, posteriormente, propiciado por el positivismo; el otro, diametralmente distinto tiene a José Manuel Estrada como su diseñador y su expositor y a una porción de los católicos como los sostenedores. Ambos planteos no pertenecen sólo al pasado, ya que siguen siendo vigentes y siempre actuales aunque desde otras posiciones filosóficas y políticas. Ello es lo que otorga a ese debate una significación que no se puede ocultar.

Más de ciento treinta años han pasado desde que se planteara por vez primera sin que luego volviera a presentarse de igual forma, si bien en la praxis de la vida democrática, ambas corrientes disputarán cuestiones vinculadas a la democracia y la república. El esfuerzo de Estrada y la capacidad demostrada en el abordaje de la cuestión

67. *Ibidem*, pág. 270.

68. *Ibidem*, pág. 275.

cuando sólo tiene veinte años, ha pasado inadvertido, probablemente por considerarlo un trabajo de juventud, no obstante tratar una temática que luego vuelve a desarrollar en su madurez desde otros ángulos y a raíz de otros cuestionamientos. Tanto desde el punto de vista de la historia de las ideas en nuestro país, así como el de la relación entre Iglesia y sociedad civil, esa controversia que tiene a Estrada por su mejor expositor, merece rescatarse. Lo merece también desde el punto de vista del pensamiento de Estrada, pues sin tener en cuenta ese trabajo no se comprende el núcleo central de su ideario político ni de sus preocupaciones religiosas y continuado en sus escritos posteriores. Por último, este trabajo se inscribe en la perspectiva del pensamiento político y las preocupaciones religiosas de los laicos católicos, empezando por Facundo Zuviría que Estrada recuerda con emoción en las páginas de este debate, continuando por Félix Frías y siguiendo por el autor de este escrito que tempranamente se adscribe al programa de evangelizar de la vida social y política que aquellos iniciaron.

No deja de ser sugestivo que en este debate tenga participación monseñor Mariano José Escalada, que podía ostentar el mérito de haber resistido a Rosas y ser, además, un representante de la patria vieja, de los que habían visto nacer y formarse la incipiente democracia republicana. En este debate monseñor Escalada también representa la corriente católica que intenta abrir la respuesta evangélica a la problemática política, en franca oposición a la que representa Bilbao como expositor de racionalismo político y teológico. Escalada y el joven Estrada son así como el cauce tenue, pero visible, de un pensamiento político elaborado a partir de los principios cristianos que de alguna manera ha estado presente en toda la historia de la formación del estado nacional desde 1810 en adelante. Pocas veces se ha planteado de un modo tan sistemático, pero ha estado presente en los cincuenta años de vida independiente que preceden al debate. El libro de Estrada es un hito en ese itinerario, a la vez que constituye uno de los esfuerzos por pensar la democracia desde la revelación y el evangelio.

El pensamiento que de alguna manera representa y expone Francisco Bilbao tiene alguna divulgación a través del periodismo, ya que la versión racionalista, naturalista y empirista de la democracia nutre a fuentes diversas. Bilbao no abandonará las ideas expuestas en *La América en peligro* reiterándolas, aunque bastante amenguadas, en un libro que publica en 1864 y que conforme a su rasgo romántico de predicador titulará *El evangelio americano*. Sin embargo la acusa-

ción central de Bilbao es que el cristianismo es el mayor peligro para la vida democrática y republicana. Ese postulado no volverá a plantearse, reiterándose en cambio la cuestión, si es la Iglesia un poder dentro del Estado y hay que convenir que en esto la historia ofrece algunos ejemplos, ya que la Iglesia, en ciertas circunstancias, así ha actuado, mas será ésta otra temática en la que también Estrada tendrá su visión crítica, pero lo que no puede negarse es que, en los tres decenios posteriores al debate estudiado, las manifestaciones políticas dominantes se apropian de varias de las proposiciones de la corriente de ideas que Bilbao representa.

La vertiente que fundamenta la democracia en los principios evangélicos y que desde ella aspira al ejercicio del mando o al menos, de las propuestas de solución, no ha de desaparecer tampoco, actuando como cuestionadora, como crítica, como formuladora de otra alternativa, sin que en ningún momento adquiera el carácter de una expresión dominante y mucho menos triunfadora. Pero su persistencia demuestra toda una línea que viene desde el inicio de la vida republicana y que se proyecta a lo largo de todo el siglo, en un esfuerzo constante por asociar el catolicismo a la consolidación de la libertad política, de la democracia personalista y las instituciones republicanas.

*Néstor Tomás Auza*